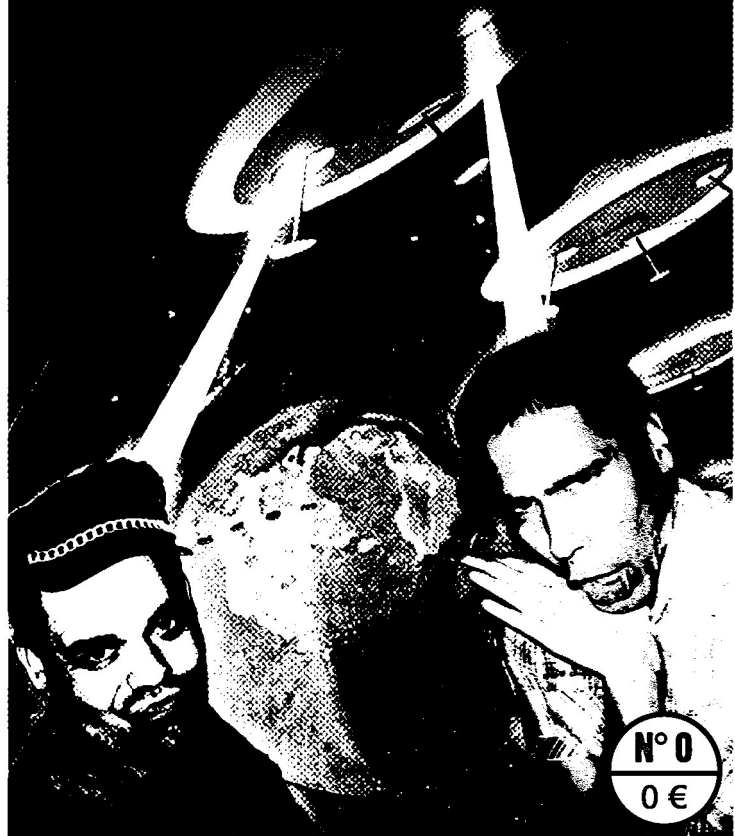


MARICONES

DEL ESPACIO



Nº 0

0 €

¡MARICONES DEL ESPACIO!

Primera edición: Enero 2014

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: Sr. Koffer, Sr. Kusan, Sr. Kato

Escrito y maquetado por: Sr. Koffer

Diseño de la cubierta: Sr. Kato, Sr. Koffer

Revisión y correcciones: Sr. Koffer

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial**
Compartir bajo la misma licencia 3.0 España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a **Creative Commons**,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

...Esta vez, para mis amigos

VOLUMEN I

LA CONSPIRACIÓN CONTRA POLLA PESEBRE

* * *

**CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR
DEL CAPITÁN TARSICIO PETACLIO**

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

Los Señores nos apaciguan con imágenes. Nos dan libros, conciertos, galerías, espectáculos, cines. Especialmente cines. A través del arte nos confunden y nos ciegan en nuestra esclavitud.

El arte adorna las paredes de nuestra prisión, nos mantiene en silencio, distraídos e indiferentes.

James Douglas Morrison

Del libro '*Los Señores*'

LA ENTREVISTA DE TRABAJO

–Entonces... ¿cómo dice usted que se llama?

–Me llamo Carlos Abel López Requena.

–Ya, eso ya me lo ha dicho antes. Lo que sucede es que según su currículum y su documento nacional de identidad usted se llama... em, Polla Pesebre ¿Es eso cierto?

–No. Bueno, sí... la verdad es que es una larga historia, créame.

–Le aseguro que tengo curiosidad y aún dispongo de tiempo... ¿De verdad se llama usted Polla Pesebre?

–Sí, verá... la culpa fue del tío del registro. Ya sabe, como de costumbre. José Francisco Campos Heredia, el notario, era vecino de mis padres y digamos que, así a grandes trazos, una noche en la que mi padre y él volvían borrachos a casa pillaron a mi madre en volandas y le echaron un *snoop dog*. Parece ser que por falta de precaución se lo montaron sin preservativo, ya que de aquellas la gente era muy pudorosa como para entrar en una farmacia a pedir condones, y claro, la mujer quedó encinta. Tras el proceso de gestación, varios meses más tarde, nací yo y todo eso...

– ¿Dice usted que le echaron un *snoop dog* a su madre?

–Sí.

–Y eso... ¿Qué diablos significa?

–Pues que se la follaron a medias, usted ya me entiende. Primero uno por el coño y el otro dándole por el culo; o uno por la boca y el otro por el culo; o los dos a la vez por el coño y luego le enchufaban las pollas en la boca y le iban soltando la lef...

– ¡Ya, hombre ya! ¡Ya basta! Le aseguro que con eso es mucho más que suficiente para que pueda hacerme una idea.

–Pues eso es lo que significa echar un *snoop dog*. Por lo visto mis padres se traían un pique a muerte con lo del tema de la paternidad dado que al parecer mi madre estaba tope de buena, y nada, al final

cada uno me puso el nombre que buenamente les salió de las pelotas una vez llegó el momento de inscribirme en el libro de familia. Según me contaron las viejas del bar Faro, se especulaba que fue el tío del registro quien de los dos fecundó el óvulo, así que en su privilegio paterno optó por llamarme Polla, pues así se llamaba su fiel perro labrador. Pesebre me lo puso el padre que me crió, porque era el apellido de soltera de su abuela la tuerta a la que guardaba mucho cariño. Mi padre no biológico siempre había sido un mierdas, supongo que por eso mismo compartía a su mujer. Con el tiempo, José Francisco Campos Heredia decidió abandonar la comuna hippie donde vivían los tres, mi madre mi padre y él, para hacerse cabeza de lista en un partido de ultra-derecha. Tras la decepción que supuso la conducta de mi viejo para el resto de los piojosos, mi madre optó por perderle voluntariamente de vista aunque, la verdad sea dicha, estoy seguro que de los dos él era su favorito.

–Y, sólo por curiosidad... ¿Por qué demonios continúa usted manteniendo ese nombre tan ridículo y desagradable?

– ¿Cuál? ¿Carlos Abel?

–No hombre, no. Joder, el de Polla Pesebre digo...

–Ah... ya, es que en realidad casi nadie me llama así. Mis colegas me llaman Talentus.

–Oh, vaya... ¡Talentus!

–Como le decía, mi segundo padre, por llamarle de alguna manera puesto que en realidad tengo entendido que éste jamás llegó a penetrar vaginalmente a mi madre, fue quien me brindó sus apellidos... y Carlos Abel se me ocurrió a mí en una tarde de domingo mientras contemplaba el atardecer en medio de un bosque de abedules; por eso me hago llamar Carlos Abel López Requena, que como comprenderá es menos agresivo para mi autoestima que hacerme llamar en público Polla Pesebre.

–Entonces debo llamarle... ¿Carlos Abel?

–Eso es. Bueno, ya se lo he dicho antes, Polla Pesebre me lo puso mi padre verdadero, que era el tío del registro y que se llamaba José Francisco Campos Heredia... Ha estado usted escuchándome todo el tiempo ¿verdad?

–Desde luego, todo el tiempo.

– ¿Sí?

–Sí.

– ¿Seguro? ¿No será usted de esos que en lugar de ‘sí, porque sí’ me dicen ‘sí’ para que me calle?

–Mire señor Pesebre...

–Llámeme Talentus, si le parece.

–Mire... este... Talentus. Estuve comprobando el apartado de su currículum donde nos cuenta su experiencia laboral a lo largo de los últimos diez años...

–Sí.

–Y... bueno, en resumidas cuentas, lo poco bueno que dice sobre usted es que actualmente ejerce como vendedor en *Ebay*.

–Sí, desde mil novecientos noventa y nueve. Soy *power seller* y estoy muy orgulloso de poder decir que actualmente poseo el cien por cien de los votos positivos.

–Ya hombre, lo que usted quiera... pero eso no es un trabajo de verdad ¿No le parece?

– ¡¿Cómo que no?! ¡Soy vendedor, y además *power seller*, que no es moco de pavo! ¿Y qué me dice de usted? ¿Considera que estar ahí sentado toda la mañana haciéndoles preguntas estúpidas a los demás es un trabajo de verdad? ¡¿Eh?!

–Señor Pesebre, tiene usted treinta y tantos... y por lo que me da a entender no ha pegado palo al agua en su puñetera vida. Encima, después de citar su ‘extensa’ experiencia laboral que apenas se resume en dos líneas, ha empleado la cara posterior del currículum para

confeccionar una lista con las cosas que le gustan y otra con las que no.

–Sí, y le aseguro que todo es completamente cierto.

–Luego dice que posee la colección completa de casetes de Tony el gitano...

–Que también es verdad. Además, estoy muy orgulloso de ello... y eso que ya no los escucho porque ahora los tengo todos en MP3, que me los descargó mi colega el Pina de los foros esos del internet.

–Mire, la verdad sea dicha, lamento tener que ser tan franco con usted, este... Talentus, pero actualmente no disponemos de ninguna vacante que se ajuste a su perfil en nuestra planta embotelladora.

– ¡Joder! ¿Y entonces qué? ¿Me han hecho venir aquí sólo para tocarme los cojones o cómo?

–Mire, ateniéndome a los resultados de su entrevista, he considerado la posibilidad de ayudarle a encontrar un buen terapeuta. Por si tiene algún problema, no sé si me explico...

–Ya, bueno... me parece que mejor me abro pa' mi keo. Hágame usted el favor, 'señor-don-profesor-gominas', y cámbiese la corbata esa que me lleva... que parece que sea de su abuelo el falangista y encima le huele el pelo a kebab.

– ¡No se vaya, Talentus! Espérese aquí un momento... hágame el favor.

– ¡¡Que me suelteees!! ¡¡Que no me toqueees, puteeees!! –Le grité al entrevistador cuando al levantarme éste me sostuvo por el brazo.

Traté de abrir la puerta de aquel despacho por tal de escapar, pero parecía como si la manija hubiese dejado de actuar sobre el pestillo. Sin pensarlo ni por un segundo arremetí contra ella con todas mis fuerzas aunque ni aun así pude derribarla, estaba como bloqueada desde el exterior con un listón o algo por el estilo. Al volverme hacia el entrevistador éste me observaba envarado, como si se estuviera cagando. Apenas pestañeó mientras me contemplaba

rígido e intranquilo desde su silla forrada de piel. En cuanto vi brillar una luz roja parpadeante bajo su mesa pude comprender que el muy cabrón acababa de pulsar el botón de alarma para así alertar a los de seguridad y que estos vinieran a capturarme. Se estaba cerrando el círculo. Una vez más me encontraba en el centro de mira. Mi tiempo comenzaba a expirar, la semana anterior tuve que deshacerme del móvil porque me habían pinchado la línea telefónica; seguro que a estas alturas también controlarían mis datos personales y mis cuentas bancarias. Tal y como vaticinaba el moro, pretendían apoderarse de mi vida.

Colmado de una furia descomunal ante tan desmedido engaño empleé la fuerza sobrehumana que me concedió el momento para agarrar al entrevistador, con la silla y todo, lo levanté sobre mi cabeza mientras él chillaba como una alimaña descarnada tratando de asirse al respaldo y, acto seguido, lo lancé violentamente contra la ventana por tal de abrir una segunda vía para escapar. El cristal estalló en mil pedazos y escuché gritar al entrevistador de los cojones hasta que, momentos después, se oyó un *¡splat!* que fue acompañado por repentinos bocinazos de claxon, sirenas lejanas de las ambulancias y gritos de socorro que clamaban algunos de los transeúntes. Las cortinas volaban agitándose hacia el exterior y fue entonces cuando comenzaron a sonar golpes tras la puerta. En cuanto pude reaccionar decidí que usaría las escaleras de emergencia para salir de allí. Mi ritmo cardíaco iba tan acelerado que bajé a toda castaña, saltaba de una plataforma a otra sin apenas detenerme a utilizar los peldaños. Durante el descenso escuché el zumbir incesante de las aspas de un helicóptero que acechaba por todos lados. Me sentía agotado y sin aliento, comenzaba a pensar que viviría huyendo para el resto de mi vida.

Probablemente ellos se dirigían hacia la azotea, pero no me encontrarían allí. Una vieja con pinta de trasgo que asomaba la

cabeza por su ventana me descubrió en aquel preciso instante mientras bajaba raudo las escaleras. Como no dejaba de mirar en plan suspicaz me dio tan mal rollo que, sin molestarme a meditarlo, decidí pegarle un eructo cavernoso en toda su puta cara de vieja pasa antes de que pudiese arrancarse a chillar y, aprovechando su desconcierto, tiré de ella hacia mí para volcarla y hacer que se precipitase ventana abajo. El factor sorpresa desestabilizó a la vieja espasmódica que, gritando y haciendo febriles aspavientos, se fue a tomar por el culo con todos los honores en caída libre y sin red. Poco después volvió a escucharse el *¡splat!* y con ello se exaltó nuevamente el barullo en la densa jungla urbana.

Continué bajando por la escalera de emergencia y apenas me faltaban un par de pisos para llegar al nivel de calle cuando la fortuna quiso que volviera a encontrar otra ventana abierta; esta vez sin vieja suspicaz al acecho. Entré, procurando hacer el menor ruido posible, pero cualquier precaución fue inútil pues los nervios me volvían tan torpe que en cuanto coloqué el primer pie sobre la mesita de noche que había en el interior de la habitación pisé sin querer un reloj despertador y me estampé de cabeza contra la panza de un tío calvo que iba en calzoncillos.

¡Oughfs! Exhaló con ahogo el hombre justo antes de caerse de culo contra los azulejos. En la cama, una tía rubia y de tetas abundantes lanzó un alarido mientras se cubría con el edredón para que no pudiese contemplar su desnudez.

– ¡Tranquilos, que ya mismo me abro! ¡Vosotros seguid follando como si aquí no hubiera pasado nada, que yo enseguida me largo con viento fresco! –Les dije por tal de serenarles, pero la tía gilipollas no dejaba de bramar como una loca histérica y me puso tan nervioso que me incorporé a toda prisa y antes de largarme de allí opté por soltarle un bofetón con toda la mano abierta.

– ¡Hijo... putaaaghfs! –Gritó el calvo tratando de recuperar el aliento después de que le estampase tan descomunal cabezazo.

El balcón del comedor también daba a la calle pero justo por el lado contrario del edificio, así que me asomé y en cuanto pude avistar un contenedor abierto me lancé al vacío gritando ¡*Jerónimo!* que siempre me había parecido una soberana gilipollez... pero en esos momentos normalmente no se te ocurre nada mejor que gritar. La impresión durante la caída libre apenas duró un par de segundos y poco después mi trasero impactaba con tanta fuerza contra el montón de bolsas de la basura que la misma tapa del contenedor se batió de golpe dejándome allí encerrado.

Inmerso en la oscuridad pestilente escuchaba aullar varias sirenas enloquecidas a mi alrededor, probablemente serían las de los coches de policía que estarían patrullando por la zona. Dentro del contenedor el pestazo a agrio era tal que poco después, tras el sudor frío y las arcadas de la muerte, acabé trallando. Pese a la tiritera que me producían los escalofríos y la angustiada sensación de estar sudando el sarampión entre desperdicios alimenticios lo más prudente en aquel momento era no salir, y así lo hice.

Me encontraba tan agotado tras la caída y la potada que no pude ni tan siquiera hacer un último esfuerzo por tal de abrir un poco la tapa y dejar que entrase el aire. Momentos después me venció el sueño y allí mismo, recostado sobre mi propio vómito y una bolsa de la basura que olía a pollo frito, me eché a sobar. Ya escamparía cuando todo aquel revuelo volviese a recuperar la normalidad.

* * *

RESCATADORES EN MARICOLANDIA

Corría agotado campo a través tratando de escapar de una jauría de pastores alemanes que ladraban furiosos en su idioma natural cuando de pronto escuché como si alguien estuviese golpeando un plástico rígido repetidas veces con los nudillos. Entonces caí en la cuenta de que sólo estaba soñando. Ya no necesitaría continuar huyendo de los perros rabiosos de los cojones aunque la confortable oscuridad que preservaba mi sueño onírico terminó por degradarse, siendo absorbida en un fulgurante y cegador campo de luz que se extendía alrededor de mí, adueñándose del sosiego en el que me encontraba inmerso. Pronto me inundó la sospecha de que probablemente todo aquello no estuviese sucediendo en mi habitación, puesto que mi almohada tenía tacto como de plástico empapado en aceite de oliva y olía extrañamente a pollo frito y a caldo de puerros. Poco después traté de abrir los ojos para tomar conciencia del lugar en el que me encontraba pero no fui capaz de separar los párpados, parecían pesar más de media tonelada cada uno.

Tanta claridad me deslumbraba y los ojos me escocían tal como si me hubiese dormido en medio del desierto con las lentillas puestas e impregnadas en tabasco. Sentí mi cuerpo dolorido, sobre todo por la zona de las lumbares; aquella peste hedionda que se agudizaba por momentos me desconcertó y tenía ganas de incorporarme para poder salir de allí. Lentamente comencé a recuperar el sentido de la escucha, lo primero que percibí fue el sonido de unas monótonas sirenas de coches patrulla que se iban apaciguado; luego el batir de las aspas de un helicóptero que sobrevolaba el vecindario y que se perdían ahora en la distancia; comunicaciones por radio cuyo contenido era indescifrable se alejaban del lugar y el alboroto del tráfico retomaba su rumor habitual evocando una vez más la atmósfera propia de la urbe.

Fue entonces cuando recordé que justo antes de acostarme trataba de escapar y también que terminé saltando al vacío igual que en una de esas trepidantes películas de acción de la Cannon. Visualicé el momento de la caída y llegué a la conclusión de que debía haberme quedado dormido en el mismo contenedor de la basura que sirvió para amortiguar el golpe, así pues era lógico pensar que aquello que estuve abrazando y babeé mientras dormía no podía ser mi almohadón... sino una bolsa impregnada en vómito con desperdicios pestilentes. Caí en la cuenta también que estaba tratando de sonarme los mocos con una cáscara de plátano mugrienta y aceitosa en lugar de utilizar el pañuelo que creía sostener en la mano. Qué puto asco.

– ¡Está aquí, ya le hemos encontrado! –Confirmaba una voz que me era absolutamente desconocida.

El parpadeo intermitente de la luz reveló que me enfocaban con una linterna. Seguía sin poder abrir los ojos pero había que ser muy estúpido como para no darse cuenta de que el cuerpo de policía, o tal vez algo mucho peor, acababa de dar conmigo.

–Po... por favor... –Articulé retorciéndome.

–Tranquilo muchacho –Me habló la voz en un tono conciliador–. Avisaré a mis compañeros de la ambulancia y te sacaremos de ahí. Menuda hostia has debido darte ¿no?

–Sí –Le contesté dolorido–. A decir verdad... me duelen... hasta las... pestañas.

–Ja ja ja –Reía el desconocido–. Está bien hombre, pero procura no agitarte mucho no vayas a despertar a la rata negra esa que estás abrazando como si fuese un peluche.

– ¡Uaaargh! –Grité espantado.

– ¡Ja ja ja! –Rió otra vez–. ¡Que era broma joder, que no tienes ninguna rata!

–Me cago en... tu puta... madre... mentiroso... ¡cabrón! –Espeté a duras penas.

– ¡Ja ja! Venga va... si es que estas cosas lo que necesitan es un poco de buen humor, hombre ¿O acaso no te gustan los chistes de negros? –Me dijo.

–Como me... encuentre una rata... te la voy a meter... por el ojaldre –Le advertí.

– ¡Ja ja ja! –Reía a cada vez-. ¡Qué buen humor que gastas para lo pedrao que estás! Bueno primo, ha llegado la hora del analgésico. Tú tranquilo, que no te va a doler demasiado.

– ¡Uaargh! ¡Cabr...onees! –Grité.

Mientras el desconocido me palpaba la nalga –quise creer que con afán de hacerme un chequeo, por si tenía algo roto–, llegaron riéndose sus compañeros y yo me serené para no dar más la nota.

– ¡Eh, Revilla! –Comentaba uno de ellos-. ¿Has visto al Peana? ¿Te ha contado ya el chiste de las palomas?

–No, qué va... –Le respondió el tío que me enfocaba con la linterna–, pero viniendo del Peana me juego la polla a que es malo de cojones.

–Que no hombre, que este es buenísimo, te lo juro por tu madre –Continuaba–. Luego te vas a recepción y le pides que te lo cuente. Yo me parto la polla con el pavo ese.

–Sí, es que te meas de la risa con él –Añadió un tercero.

–Madre mía, ¡Anda que venís vosotros con ganas de currar, peazo de holgazanes! –Les dijo el de la linterna–. Sujétadme aquí, que vamos a tratar de sacarlo.

Entre tanto forcejeo pude escuchar cómo andaban trasteando lo que parecía ser una maleta o un botiquín con instrumental clínico. Luego me bajaron un poco los pantalones y, tras contar despacio hasta tres, terminaron clavándome una inyección en el culo con una aguja que parecía tener el tamaño de un clavo o una escarpia.

Aquella mierda escocía como si me hubiese sentado sobre una manta de esparto con cristales rotos rebozados en sal y guindilla. Grité varias veces más hasta que la sensación de ardor en el cachete comenzaba a mitigarse, nuevamente volvía a sentirme abatido y fatigado.

—Tranquilo muchacho, que te puedes dar con un canto en los dientes... —Me dijo.

—Vale, ahora trataremos de cogerlo en volandas y lo subimos hasta aquí para ponerle en la camilla.

— ¡Hostia puta tíos! ¡Halcón viajes! —Exclamó de repente uno de ellos.

— ¿Cómo dices? —Le preguntó su compañero.

— ¡Pues que me acabo de pegar un peo al agacharme! ¡Largaros con viento fresco o preparaos para comeros la peste, que sube densa!

— ¡Joder Palomo! ¡Pero qué puto asco que das, cabronazo!

Los muy cabrones soltaron de golpe la camilla ahuyentados por la peste y yo me metí el talegazo padre contra el suelo.

— ¡Maric...! —Fue lo último que pude pronunciar antes de desfallecer.

— ¡Palomo cabrón! ¡Pero qué asco, tío! ¡Estás muerto por dentro!

— ¡Ja ja ja! ¡Ya ves si sube denso, se puede cortar con un cuchillo! —Apostillaba Palomo sacudiendo la mano para escampar la fetidez—.

¡Ja ja ja! ¡Respirad por la boca, hombre! ¡Sed valientes!

— ¡Por la boca no cabrón, que nos lo comemos! ¡Anda que avisas!

—Os lo he dicho: ‘Halcón viajes’... ¡Que os dierais el piro, coño! —Se defendía el tal Palomo.

Yo, que estaba allí tirado en el suelo como una vulgar colilla, no tuve oportunidad de escapar y, aunque procuré aguantar la respiración, me comí el cuesco del camillero íntegramente. Ni siquiera protesté, el pestazo terminó por anestesiarme devolviéndome otra vez a las ensoñaciones mientras mi subconsciente suplicaba no regre-

sar a aquel campo alemán donde la jauría de perros salvajes me perseguía como si fuera un judío con una ristra de morcillas de Burgos metida en los calzoncillos. Ojalá pudiese soñar con tías buenas en bragas blancas de algodón o alguna cosa por el estilo... En lugar de eso mi subconsciente me transportó al pasado, diez o quince años atrás. Una regresión hacia mi adolescencia y aquella época en la que todavía deambulaba por el instituto.

* * *

CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR

PRIMERA PARTE

Las Mojoneras, Estados unidos de España, planeta Tierra

Fecha estelar: 27 - 5 - 2010

Hoy, día veintisiete de Mayo del año dos mil diez de nuestro señor Jesucristo, me dispongo a volcar sobre este texto todo el conocimiento que he conseguido atesorar durante mi vida al mando de la nave Follaris. La finalidad de mi manuscrito es la de prevenir a todo aquel que consiga encontrar la verdad en estas enseñanzas, que no son sino reflejo de lo que nadie más es capaz de apreciar a simple vista durante el escaso tiempo en el que transcurre nuestra trivial e insignificante existencia. Hoy tengo la certeza de que, si su presencia no se erradica completamente, pronto terminarán por hacer realidad sus maléficos propósitos poniendo fin a la civilización tal y como la conocemos los verdaderos varones heterosexuales. Si es usted heterosexual ya debería haber tomado buena cuenta de ello a estas alturas. Y es que, en efecto, están por todas partes. No soy ningún historiador, además esta es la primera vez que me decido a escribir, por lo que deberán ustedes disculpar mi escasez de recursos literarios.

Como comprendo que el punto más significativo de mi narración es sin lugar a dudas el contenido de la misma, ruego al lector que no repare en mi léxico, anteponiendo la honestidad que pretendo plasmar en estas páginas. Soy consciente de que al comienzo puede resultar un tanto absurdo... pero prometo a todos aquellos que me estarán leyendo que, a medida que vaya profundizando en el relato, podrán comprobar cuánta certeza albergan éstas, mis últimas palabras.

Varones heterosexuales del mundo, tenemos un enemigo común:
Los maricones del espacio.

Capitán Tarsicio W. Petaclio

Quiénes son y de dónde proceden

Todo comenzó a mediados del siglo XII antes del advenimiento del primer mesías. La relevancia de dicho momento histórico es incuestionable puesto que fue él, Jesucristo, el primer varón humano que reveló la existencia de tan desdeñable estirpe. Su pérdida obstinación por descubrir el pastel alarmó a la congregación de los maricones del espacio en la Tierra, que no tardaron en silenciar su testimonio empalándole como a un vulgar herberecho sobre la blanca arena de una hermosa playa en las costas del mediterráneo. Sí, así fue como sucedió. Lo de la cruz cristiana, la corona de espinas y demás milongas son tan sólo simbolismos adaptados por la religión católica que, por si aún no les había levantado sospecha, también forma parte del gran entramado que esos malditos maricones llevan pergeñando desde entonces. De hecho, las más terribles calamidades que haya podido sufrir el mundo heterosexual hasta nuestros días han sido siempre perpetuadas en su nombre. Es por ello por lo que en los siguientes capítulos de este cuaderno me propongo evidenciar la desmedida conspiración ante los ojos de quien me lee para así poder dar a conocer el primitivo estado de ingenuidad en el que lleva sumido la sociedad heterosexual desde los tiempos en los que el hombre no tenía necesidad alguna de cubrir sus partes con un taparrabos.

Ellos estaban aquí mucho antes de que emergiese la primera corriente existencialista entre los seres humanos. La cuna de la civilización occidental se debe por completo a su influencia pues, hasta el momento en que aparecieron, ningún ser terrestre necesitó cuestionarse absolutamente nada acerca de su propia realidad y el hombre en concreto vivía tan feliz como continúan haciéndolo los animales domésticos hoy en día. Toda la culpa es suya, pues sin sus

estúpidas y desafortunadas supercherías el mundo en el que vivimos sería ahora muy diferente.

Durante el periodo de esplendor del Tercer Reich tuvimos la oportunidad de subsanar el problema de raíz definitivamente pero, a consecuencia del estado pueril y de inconsciencia en el que vivía sumida la humanidad por aquellas fechas, el ambicioso plan fracasó. Detrás de dicha derrota se encuentra una doctrina encubierta que ha permanecido silenciada de manera inconvencible hasta nuestros días. Hablo ni más ni menos que del ‘Porculismo internacional’, al cual le reservo un espacio en mis líneas para más adelante.

Nos encontramos por completo a su merced y después de tanto tiempo todavía no somos conscientes de ello.

Despertemos.

UN CHICO EXTRAVAGANTE

Apenas tenía nueve o diez años cuando fui consciente de su existencia por primera vez. No recuerdo una fecha con exactitud pues por aquel entonces tan sólo era un crío y centraba toda mi atención en otras cosas –por ejemplo, cuál sería la nueva línea de figuras *G.I. Joe* que aparecerían para navidades–, en lugar de preocuparme por lo mucho que la sexualidad iba a repercutir en nuestras jóvenes e inocentes vidas.

El chico extravagante del que quiero hacer mención se llamaba Celemín Pitiuses. Este recuerdo me remonta prácticamente al parvulario y, pese a que de eso hace ya bastante tiempo, permanece indeleble e imborrable en mi castigada memoria. Celemín Pitiuses estudiaba en la misma escuela que yo. Él iba a un curso superior y únicamente por su aspecto uno ya podía hacerse a la idea de que no era un chico como todos los demás. Blanquecino, macilento, lánguido y enratonado, su pelo parecía un cepillo de los zapatos vuelto del revés y tenía más pecas en la cara que un mapa político de la Micronesia. Independientemente de su repulsivo aspecto y su maléfica sonrisa, Celemín Pitiuses era un ser desagradable, estúpido, repelente y extrañamente femenino para ser varón... aunque todos esos singulares rasgos de su actitud acabarían por resultar más que obvios una vez llegué a comprender que aquel zagal fue, sin más, la primera alimaña homosexual que pudimos conocer durante aquellos años de nuestra juventud en los que todavía confluíamos como ganado por las tristes clases de la vieja escuela elemental.

Durante la primavera del cuarto curso Celemín desapareció del colegio en extrañas circunstancias. ¿Dónde estaba Celemín Pitiuses? Nos preguntábamos semanas después; corrió la voz entre el alumnado. Pasó el verano, llegó septiembre... pero el lechoso jaspeado no volvió a incorporarse a las clases. Varias fuentes ofrecían diferentes

versiones sobre los hechos que acaecieron, pese a que todas ellas no podían ser consideradas sino meras especulaciones carentes de fundamento. El caso es que el chico se esfumó y tras de sí dejó una estela de misterio que nos llevó a conjeturar durante los recreos que muy probablemente se lo habrían llevado al Congo Belga en una jaula o puede que hubiese muerto a causa de un basalioma rectal. Ya sabéis, cosas de chavales.

Sin duda alguna lo que desdeñábamos completamente era que se tratase de un ser de otra galaxia, es decir, que éramos críos pero en el fondo tampoco éramos tan gilipollas... y ni mucho menos contemplábamos la posibilidad de que Celemín Pitiuses resultase ser un homosexual en potencia, más que nada porque cuando tienes diez u once años difícilmente concibes que existan chicos a los que les guste vestir como las mujeres o que practiquen técnicas avanzadas de sodomía y masaje glanderiano en la intimidad. La rumorología escolar contaba que en cierta ocasión los padres de Celemín encontraron a su retoño travestido dentro de un armario –tal como encontraron a ‘ET el extraterrestre’ en la película–, ataviado con un vestido de flores, los labios pintados de carmín, una peluca rubia y un sombrero de pamelita. Además, Celemín Pitiuses tenía por costumbre desayunar panecillos vieneses con salchichas de Frankfurt, acompañados por un pepino, un calabacín, una zanahoria, o un plátano en una pieza. Todos los indicios apuntaban hacia el mismo lugar, pero claro... sólo éramos unos críos ¿qué íbamos nosotros a saber? Desde luego, estos razonamientos que hoy en día se perciben harto evidentes entonces no estaban a nuestro alcance, imaginad que ni siquiera tuvimos derecho a saber de qué había muerto Freddie Mercury. Sin duda eran otros tiempos. Huelga pensar que lo más lógico fuese que el profesorado al completo nos hubiera mentido por tal de proteger nuestras cándidas almas de semejante shock trau-

mático desde tan temprana edad. O eso... o es que tal vez ellos, los profesores, también tenían algo siniestro que ocultar.

Transcurridos unos meses, tiempo suficiente como para que nos hubiésemos sobrepuesto a la ausencia de nuestro compañero maricolechoso desaparecido, la junta de educadores nos reunió en la sala de audiovisuales para mostrarnos un video –por aquellas fechas se trataba de un casete VHS, hablo claramente del pleistoceno antiguo– en cuyas imágenes aparecía una supuesta escuela especial donde habían internado a Celemín Pitiuses para que recibiese un tipo de educación diferente a la nuestra. No comprendimos nada, claro está, aunque gracias a aquella grabación desestimamos la posibilidad de que el chico hubiese muerto y lo utilizaran para exhibirlo disecado en postura de caza. La película comenzó y cinco minutos más tarde ya se había convertido en un auténtico peñazo, más aún teniendo en cuenta que hacía relativamente poco que nos habían pasado *Robocop* y claro, el listón se encontraba tan alto que ahora ya era bastante difícil de superar. Tal vez hubiesen acertado más poniéndonos *Rocky III*; sabiendo cómo somos los chavales tampoco debía ser tanto pedir.

En fin, todo aquello se presentaba muy contradictorio, quiero decir que incluso para el niño más imbécil de la clase resultaría completamente inverosímil: La insólita grabación... aquellos curas sonrientes que aparecían jugando a la pelota, a la comba o abrazados con amor a los supuestos niños varones... los tristes muros color ceniza que se alzaban para preservar el claustro de la extravagante escuela... y sobre todo Celemín, que también aparecía en el filme jugando y sonriendo pero que ni siquiera parecía él. Estaba como ‘feliz’ –y permitidme las comillas– viviendo allí dentro.

Por aquel entonces Nintendo se sacó de la manga la primera consola de sobremesa que desbancó la hegemonía de Atari dentro de la industria de los videojuegos, eclipsando a su vez a los proto-

ordenadores primigenios que se enchufaban al televisor. Los escandalosos avances tecnológicos nos absorbieron y con ello dejamos de prestarle atención a tan inusual suceso; me refiero, claro está, a la desaparición de Celemín, aunque puede que después del apunte acerca de las videoconsolas vosotros también lo hubieseis olvidado ¿A quién demonios le podía importar que un niño paliducho y con pinta de niñaata hubiese desaparecido sin dejar ni rastro? Ya aparecería por alguna parte... a malas tirado por ahí, en la cuneta de cualquier carretera comarcal. Eso es amigos, así eran los ochenta; tiempos verdaderamente hostiles.

Durante el resto de mi infancia tuve la posibilidad de conocer de cerca a alguno más de estos extravagantes seres, cuya apariencia similar a la nuestra les hace pasar inadvertidos permitiéndoles confundirse sin problemas entre la población heterosexual común. Mientras tú tratabas de entablar conversación hablándoles sobre videojuegos o pidiéndoles su opinión acerca de los últimos modelos de la colección 'Masters del universo' ellos no hacían más que mirarte de arriba abajo con un semblante extraño y repugnante, tratando de sobarte el torso a cada momento. Ahora ya os lo puedo confirmar, se trataba de sucia lascivia, pero claro ¿qué iba yo a saber?

En mis años de formación escolar tuve más de un encontronazo debido a la ingenuidad de mi condición infantil. Por fortuna conseguí salvar el tipo aunque a día de hoy rememoro lamentables episodios de propia vergüenza en los que me vi sometido a inocentes, aunque claramente obvias, prácticas homosexuales de segundo grado por su culpa. Recuerdo con bochorno la primera vez en la que una de esas nauseabundas criaturas me asedió en mi propia casa, el muy cabrón decía que venía a estudiar conmigo cuando su único objetivo era en realidad sobarme el paquete con caricias furtivas y cautelosas. En toda la tarde no paró de abrazarme efusivamente cada vez que le ganaba a las cartas, momento que aprovechaba para

posar sus sucias manos de maricón sobre mi joven y cándido culo. Por suerte para mí todo quedó en eso pues, cuando en un momento dado el marica sintió la tentación de besarme porque nuestros rostros se encontraron cerca, pude comprender que algo no encajaba bien en todo aquello y poco después reuní el valor suficiente para poder mandarle a tomar por el culo de regreso a su puñetera casa. Y así terminó todo, finalmente el péfido niño-ramera se marchó sin conseguir su indecente propósito de sobar mi cuerpo o contagiarme con el VCHA. Me estremezco cada vez que aquel instante regresa a mi memoria... y lo digo muy en serio. Tuve su aliento tan cerca de mí que al revivirlo se me corta la digestión como si estuviese bebiendo leche justo después de haberme comido medio quilo de calamares fritos con mayonesa.

* * *

UNA DRAMÁTICA EXPERIENCIA

Este será con toda seguridad el testimonio contrastado que certifique la veracidad de mi confesión, puesto que yo mismo conozco a sus protagonistas y debo decir que en su momento me conmocionó sobremanera. Cuando llegó a mis oídos por primera vez no conseguía dar crédito a lo que escuchaba, me pareció una historia sumamente inconcebible a la par que desagradable y desgarradora. Así fue como sucedió lo que iba a ser la primera experiencia sexual de mi colega Marquitos:

Mi colega Marcos, al que solíamos llamar amistosamente Marquitos pues apenas alcanzaba el metro cincuenta y parecía que lo regalasen con las bolsas de patatas, fue el primero al que vi caer ya que hasta entonces nunca antes había conocido tan de cerca la experiencia del contagio. En mi adolescencia tendía a creer que los maricones eran únicamente personas humanas normales y corrientes a las que nuestro buen Dios les había otorgado por error una condición sexual que no se ajustaba a la idiosincrasia propia de su género. Hasta hace algunos años la homosexualidad era todavía un concepto clandestino que la gente enmascaraba frente a la opinión pública, pero ya en el ocaso del siglo XX, lo que se suponía un trastorno de la conducta sexual, comenzó a ver la luz por vez primera y la conciencia de las nuevas corrientes progresistas nos exigieron aceptar esta realidad con los brazos abiertos tal como lo hicimos con la gente que iba en silla de ruedas, los disminuidos psíquicos, los moros, los negros, las personas con síndrome de Down, los alopécicos, las gordas y los cojos que caminaban de una forma divertida.

Bien pues, mi buen amigo Marcos, al que conocí cuando aún se le podía diagnosticar como heterosexual, había sido desde siempre lo que se llama un verdadero perdedor con las mujeres... aunque no

por eso claudicaba ante los pérfidos engaños de la homosexualidad. No, él era un tipo íntegro que procuraba salvaguardar la virginidad de su culo como quien guardaba las revistas porno —que lógicamente ahora son un concepto obsoleto— a buen recaudo dentro de la caja del Monopoly o del HeroQuest. Tantas veces le oí exclamar: ‘Cómo odio a esos putos maricones’ o ‘Míralo, por ahí viene el pedazo de maricón’ que jamás llegué a pensar que pudiera ser él quien terminaría por convertirse en uno de ellos.

A consecuencia de la nueva ola de tolerancia y condescendencia que promulgaba la recién instaurada democracia —la última gran invención de los maricones del espacio en nuestro siglo— se suponía que todos debíamos respetarnos ya fuésemos gordos, calvos, negros, maricones, pederastas, administradores de fincas o inspectores del fisco... y Dios sabe que la gran mayoría de nosotros, con nuestra buena voluntad, tratamos de hacer un esfuerzo por ser partícipes ante los nuevos valores de los que hacía alarde el sistema democrático. Fue por esa misma razón por la que decidimos aceptar a un homosexual de verdad en nuestro grupo de amistades. Antonio resultó ser el maricón que elegimos para cubrir aquella vacante que le brindaría color a la cuadrilla, concediéndonos así el privilegio de poder sentirnos personas abiertas y tolerantes sin necesidad de incluir a un negro o a un judío en nuestras filas.

Desde el comienzo Marcos trató de no excluirle por su condición, mostrándose sumamente cortés y sonriente cuando debía dirigirse a él, aunque de todos modos cualquiera podía advertir que no se sentía demasiado cómodo tratando de entablar conversaciones con Antonio. Toda aquella pantomima formaba parte del mismo embuste para aparentar ser un verdadero hombre de su tiempo, como os decía, abierto y tolerante, pues supuestamente esa misma actitud le serviría para conocer chicas ya que todo el mundo sabe que tener a

un gay –luego os explico el origen del término– en el grupo de amigos era como poseer un talismán mágico para atraer a los chuminos.

Teníamos el talismán, pero ni aun así Marquitos era capaz de ligar con las tías que volaban en círculos alrededor de Antonio el maricón como buitras putas de rapiña. Se decía por ahí que, aunque claramente prefería la compañía de los varones, Antonio el maricón había sido capaz de acostarse también con la mayoría de las amigas que había tenido hasta la fecha... y eso a Marcos le fastidiaba sobremanera. ¿Cómo era posible que Antonio, siendo maricón, se hubiese tirado a todas las tías que le daba la real gana y él, siendo un verdadero macho heterosexual, no se comiese un rosco de ninguna de las maneras? El muy cabrón incluso se regodeaba cada vez que salían de fiesta, sobándoles las tetas, los culos y metiéndose mano por doquier con todas sus amigas frente a la indignada estupefacción del pobre Marquitos, que se sentía estafado con su ademán de perfecto caballero.

‘Claro, como Antonio es gay y entre mujeres no hay ningún problema en que se toquen las tetas las unas a otras... Además, todo el mundo sabe que las tías por lo general andan por ahí sobándose las peras en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia... así pues no hay de qué extrañarse’, pensaba para sí el pobre chico tratando de otorgarle el mayor sentido a su confusión. Lo dicho, la injusticia doblegó la voluntad del desvalido Marcos, que cada vez se encontraba más y más desengañado.

Lo había llegado a pronunciar a viva voz para todos nosotros. Decía: ‘¡Joder, cómo odio al puto maricón! Ojalá pudiese ser maricón yo también para follarme todas las tías que él se folla’. Y ya se sabe desde tiempos inmemoriales de la civilización en la antigua Grecia que no es conveniente formular deseos que los dioses puedan escuchar, pues lo más seguro es que te acaben concediendo lo que les pides... pero cobrándose a cambio unos intereses muy elevados.

Y así fue como Marcos terminó por derrumbarse la misma noche en la que Antonio le robó el protagonismo delante de la chica que él amaba en secreto. Después de unas cuantas copas, y haciendo alarde de valentía, prefirió entregar en sacrificio anal su virginal orificio por tal de que el maricón se lo follase a él en lugar de a ella. El alcohol y la desidia emocional hicieron el resto.

–Si no lo has probado no puedes saber si te gusta, hombre –Le dispuso el maricón susurrándole divertido al oído.

–Pues alguna vez tendrá que ser la primera ¿no? –Le contestó, y tras reírse como una hiena a la que le escuecen los sobacos Marcos se montó en el coche de Antonio y se dejó conquistar hasta que terminaron en su habitación a las tantas de la madrugada.

Fuera estaba lloviendo, la débil luz color celeste que conseguía penetrar a través de la persiana echada iluminaba las sabanas de un colchón que olía a sudor agrio y a urinario público en medio de una fría noche invernal. Sobre él yacía Marquitos, con los calzoncillos de lunares por debajo de las rodillas y el culo en pompa, recostando su cabeza mientras se agarraba al almohadón que Antonio había colocado cuidadosamente a la altura de su pelvis. Ahora el maricón descargaba todo su peso sobre el blanquecino culo de Marcos, la penetración fue desgarradora pese a las precauciones y un grito rompió el silencio en medio de la oscuridad.

– ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAARGH! –Gritó el pobre chico.

Los muelles del somier comenzaron a sonar acompasados al hipnótico ritmo de las embestidas, Marcos babeaba las sabanas en estado semi-vegetativo mientras Antonio le hacía cabalgar sin tregua como un jinete furioso. En el estéreo sonaba el *Riders on the storm* con un volumen que invitaba a continuar galopando hasta el amanecer.

Tras el contagio reposaron. Poco después, y aún fatigado, Marquitos tomó conciencia de la situación en la que se encontraba. La habitación desprendía un intenso hedor a vaselina, a culo y a vergüenza. Hundido al contemplar su propia miseria, le arreó una patada al marica y espetó:

– ¡Quita de aquí! ¡Maricón de mierda! –Pero ya era demasiado tarde. En su recto comenzaba a gestarse el proceso que le llevaría a convertirse en uno de ellos.

Tal y como Antonio nos contó semanas más tarde, fueron “dos veces y hasta el final”, con lo que obviamente pudo cerrarse el círculo haciendo que el pérfido maricón consiguiese su objetivo.

Después del nefasto encuentro Marquitos desapareció. Gente cercana a nuestro entorno decían haberle visto por ahí siendo la puta en una banda de raperos... aunque de todas formas nunca más volvimos a saber de él. Casualmente desapareció del mismo modo en que lo hizo Celemín Pitiuses.

* * *

CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR

SEGUNDA PARTE

Planeta Mariconia

Mariconia es el segundo planeta de nuestro sistema solar. Este se encuentra entre Mercurio y Venus y tiene un radio orbital de aproximadamente unos ochenta millones de kilómetros a la redonda. Su clima es bastante seco puesto que no posee glaciares y en él escasean fauna y flora debido a que los maricones del espacio decidieron intervenir contra la naturaleza del mismo planeta por tal de extinguir las formas de vida que no les parecieran suficientemente útiles o que presentaban algún mínimo auspicio de posible tendencia a la revolución.

Tras la batalla de Mambrada que se llevó a cabo durante los doscientos primeros años de la civilización marico-semita –entonces ya estaban mezclados con el que fue el linaje primigenio de los judíos– los maricones del espacio se encontraban en un punto crítico, pues habían sido invadidos en su propio planeta por una raza superior, los *Pene-saurios*, que aborrecían los discos de Madonna –los primeros sobretodo– y pretendían extinguir por completo la población de Mariconia para así poder controlar su bien máspreciado: los plátanos canarios.

Unos pocos ciudadanos, elegidos a razón de la nota media que hubieran obtenido en los exámenes de la selectividad, fueron los únicos que pudieron escapar a la peor masacre registrada en toda la historia de su planeta y que ellos mismos denominaron ‘El holocausto de la banana’. Tan sólo ocho de los más aguerridos maricapitanes intergalácticos que partieron a bordo de las ‘micro-navesguía faloides’ consiguieron sobrevivir, amerizando a salvo en nuestro bello planeta Tierra; el resto terminaron siendo absorbidos por los agujeros negros que conducían a la dimensión sobrio-sintética o navegaron sin rumbo hasta que el combustible les hizo vagar a la deriva.

Así pues, la historia primitiva del pueblo maricón no se gesta en nuestro mundo sino que pertenece a una tradición ancestral que aparece recogida en lo que vendría a ser 'El gran libro de los maricones del espacio' (Ed. Bujarro), o lo que es lo mismo: 'El Necromaricón ilustrado', que es el vademécum del comportamiento homosexual por antonomasia; cinco mil años de tradición bujarra se recogen en sus páginas escritas a doble espacio, doble cara y con sangría de veinte. Toda una reliquia milenaria de la que aún hoy pueden disponer a modo de consulta los maricones del espacio de primer nivel en formato PDF gracias a los nuevos avances de la tecnología. *Adobe*, que significa 'maricón' en el idioma ancestral de los maricones del espacio, es una de sus marcas registradas con la que además consiguieron desarrollar un nuevo sistema de compilación de la escritura que salvaguardaría finalmente el compendio original, demacrado después de tantos siglos al servicio de maricones pajilleros que lo hojeaban sin ni siquiera lavarse las manos y del que acostumbraban a hacer uso en sus rituales de masturbación debido al alto grado de contenido sexual explícito que acompañaba con imágenes cada una de sus brillantes páginas. Las ilustraciones de la cubierta e interior del tomo original corrían a cargo del ya entonces archiconocido Tom de Finlandia; Tom fue también el artífice de la gran mayoría de motivos masculinos que se representan en las imponentes esculturas griegas... pero no adelantemos acontecimientos.

El paso del tiempo y el mal uso que los maricones del espacio le dieron al manual deterioraron de forma considerable el estado original del manuscrito y también de su cubierta, que estaba encuadernada en su primera edición con piel de bosquimano. Años más tarde el atávico ejemplar había perdido incluso las grapas que sujetaban el papel a las tapas del cuaderno, con lo cual cuando algún maricón cogía el libro para pajearse a este se le caían todas las pá-

ginas y, la verdad sea dicha, resultaba tan engorroso que había dejado de ser un artículo serio.

Como os decía, los maricones que consiguieron salvarse durante el Holocausto de la banana fueron enviados premeditadamente a la Tierra mediante unos sofisticados sistemas de navegación cosmonáutica: las micro-naves-guía faloides, de las que os he hecho mención en el tercer párrafo de este mismo episodio, y que no son sino los artefactos voladores también conocidos como ovnis (UFO) que durante tantos años han sido avistados por la comunidad heterosexual en centenares de ocasiones y que nos han hecho preguntarnos si de verdad existía vida en otros planetas. La respuesta resulta ahora harto obvia; sucede que este tema ha sido siempre banalizado e incluso se ha tildado de chalados a todos aquellos que decían haber vivido una experiencia basada en señales extraterrestres, avistamientos de aterrizaje durante la noche, abducciones o incluso a aquellos que declararon abiertamente haber sufrido dolorosas pruebas con sondas rectales. Nada de eso son invenciones, amigos míos, cuando en dichos testimonios se mencionan lavativas, tactos y sondas rectales. El modo de proceder es, sin lugar a dudas, el mismo que llevan empleando los maricones del espacio desde el comienzo de nuestra era.

Capitán Tarsicio W. Petacchio

Un engaño a todas luces

Profundizando un poco más sobre aquello que soslayaba en el apartado anterior, durante siglos los maricones del espacio han conseguido enmascarar la verdad empleando todo tipo de despiadadas artimañas y subterfugios. Desde el Gobierno central de los maricones del espacio (GCMDE) –cuya sede se encuentra en la ciudad capital que ahora conocemos con el nombre de Sidney– se dirige cautelosamente el orden mundial. Remitiéndonos al comienzo cabe puntualizar que el planeta Mariconia existe, al igual que la Tierra, desde el gran estallido, aunque en nuestros libros de texto nunca se haya hecho mención al respecto puesto que dicho dato se omite intencionadamente. Esto se debe al control exhaustivo que los maricones emplean para someter nuestro sistema educacional desde la raíz; de hecho, el sistema actual de educación que se imparte en todas las escuelas del mundo es inspeccionado y verificado desde el ‘Consejo internacional de maricones del espacio’, un organismo encargado de dirigir y administrar las necesidades de la población heterosexual por tal de que no se descubra el embuste.

El cine americano, la programación televisiva, los libros de auto ayuda, los titulares de las noticias en los periódicos, la prensa del corazón, los restaurantes de comida rápida, las colecciones estúpidas que aparecen siempre en septiembre y en enero, los tebeos japoneses, la industria del videojuego, las *webs* de descarga de pornografía, las reposiciones de verano, las obras de teatro en las que salen tíos con mallas, las franquicias que dicen vender cultura como Virgin o Fnac, las tendencias de la moda... todo ese elenco de opciones para el entretenimiento mundano, efectivamente, son una invención marico-alienígena, y disculpadme si resulto tan drástico y conciso.

Entonces, cabe preguntarse: ¿Cómo es posible que después de tantos siglos de historia de la humanidad, y a estas alturas, todavía no hayan podido conseguir su propósito de dominar por completo nuestro planeta? Pues bien, el mayor contratiempo que les mantiene a raya desde su llegada a la Tierra ha sido siempre el afortunado factor de la sexualidad humana, y es que los varones humanos han sido capaces de reproducirse en mayor número y con mayor celeridad de lo que lo hacen ellos, ya que por cada nuevo maricón que aparecía en el mundo nacían cien varones completamente heterosexuales. Esta era una cifra desalentadora para la comunidad homosexual pero, teniendo en cuenta las estadísticas que presentaba anualmente el Gobierno central de los maricones del espacio (GCMDE), una vez transcurrido el primer millar de años se pudo observar un crecimiento al alza de su presencia prácticamente en todos los continentes, con lo cual estimaron que si persistían en emplear el clásico método del P&C –Placar y culear– era harto probable que para la segunda mitad del siglo veintiuno ya hubiesen conseguido asumir el noventa por ciento de los puestos privilegiados que ocuparían los varones humanos en la sociedad. Este supuesto les llevó a deducir que con el tiempo llegarían a dominar la civilización sin necesidad de emplearse en conflictos bélicos –aunque ambas guerras mundiales se les atribuye a ellos en su totalidad– y terminar así con su verdadero enemigo: las mujeres venusianas, que son las principales aliadas por la permanencia del linaje heterosexual hasta nuestros días; también las que han provocado que el ‘Gran plan de los maricones del espacio’ (GPMDE) se haya ido postergando durante más de tres mil años desde que aparecieron por primera vez sobre la faz de la Tierra. Son estos los motivos por los cuales ellos las detestan, y no por su constante necesidad de creerse más guapas y engreídas que nadie puesto que para los maricones del espacio la belleza de la mujer es absolutamente desagradable y repulsiva, al fin

y al cabo compiten con ellas por tal de conquistar a los entes masculinos del planeta... algo así como cuando a los Aliens y a los Depredadores se les ocurrió coincidir al mismo tiempo para acabar con todos los humanos, pues para el caso es lo mismo, sólo que incluyendo las encladas y que lo de los bichos horribles se trate de simple ficción... aunque a fin de cuentas no sé qué es lo que me da más miedo en realidad.

Bromas aparte, otra gran verdad que se nos ha estado ocultando es la de que todos los planetas del sistema solar han sido habitados desde siempre, tal y como lo está el nuestro. Sucede que de entre el gran número de razas interplanetarias que residen en los demás confines del universo la nuestra es la más patética y subdesarrollada intelectualmente de todas. Los maricones del espacio han contribuido con el engaño generación tras generación por tal de que continuase siendo así; por eso, cada vez que aparecía una figura pública con cierta repercusión en la sociedad heterosexual que fuese capaz de esclarecer el misterio de la confabulación sigilosa intergaláctica ellos mismos se encargaban de hacerles desaparecer de los medios, para que no divulgasen la evidencia, poniendo así punto y final a su particular amenaza que es el principio del saber verdadero. Celebridades tales como John Belushi, Bon Scott, Charles Manson, o el mismísimo Jesucristo llegaron a conocer el secreto de la conspiración, por lo que cada uno de ellos fue ejecutado o destituido de sus poderes públicos por tal que así nunca consiguieran interponerse al GPMDE.

¡Malditos sean!

Capitán Tarsicio W. Petachio

NECROMARICÓN ILUSTRADO

EL CABALLO DE POYA

Platón tenía un colega en Atenas al que llamaban el Poya. Cada tarde, en cuanto salía de dar sus clases, Platón pillaba el autobús e iba a visitarle para colocarse con él. Poya era un espartano guaperas y defenestrado que vivía bajo un acueducto mugriento y mohoso en plan yonqui, lo cual, como habréis podido imaginar, atraía sobremanera al bujarra de Platón que veía en él una figura fuera de la ley del palo James Dean o algo así y que le ponía berraco de cagarse. Como era de esperar, Poya no estaba por la labor. Se pegaba la tarde entera picándose la vena, soltándose cuescos hediondos, sacándose el cerumen de los oídos o rascándose el culo mientras Platón le observaba completamente embelesado.

PLATON: Voy a ordenar al mejor escultor de Esparta que te esculpa una figura en mármol –Le decía loco de amor.

POYA: ¡Y yo me voy a pegar un peo en tu boca como no me dejes colgarme en paz de una puta vez! –Le replicaba Poya.

PLATON: Jo Poya, no seas así... si yo te lo digo porque en verdad... la verdad... –Platón no era capaz de abrir su corazón para darle a entender sus verdaderos sentimientos. Es lo malo de ser un maricón del espacio de segundo nivel, que al igual que el resto de los mortales nunca puedes escapar de ellos.

POYA: ¡En verdad tu puto padre, saco mierda! Anda, que no me des más la vara y pásame la cuchara herrumbrosa esa que tienes debajo de tu gordo culo de maricona –Poya no se andaba con hostias, desde luego, lo bueno de chutarse caballo en la antigua Grecia es que todavía no existían ni el sida ni la hepatitis C, y ni mucho menos la heroína adulterada con jabón para la lavadora proveniente de Taiwan.

PLATON: ¿Qué te has hecho hoy para comer?

POYA: Orangután con piña... y de postre flan con tu puta madre ¡JA JA JA JA! –El humor de Poya acostumbraba a ser así. Digamos, contemporáneo.

PLATON: Jo, Poya. Eso no ha tenido gracia.

POYA: Cállate, cállate, cállate... ¡Ougffs! ¡Jodeer! ¡Qué cuelgazo más de putísima madre, coño!

Y de esta particular manera acostumbraban a pasar las tardes, Poya gozándose el cuelgue y Platón pajeándose con un cojín sobre el regazo; apenas sí se fumaba un porro por tal de aparentar que iba allí únicamente para colocarse con él.

POYA: Mira Plátano... mira... mira, Plátano... una cosa... que me han dicho. Que me han dicho que tu hermana la medusa... ¡Me va a comer tó el pollate! ¡JA JA JA JA! –Le soltó mientras se partía el culo en plan energúmeno.

PLATON: Yo no tengo ninguna hermana que se llame así, Poya... Por favor te lo pido que no te rías más de mí. Además, sabes que no me gusta que me llames Plátano –Platón se ofendió mucho aquella vez, bastante soportaba ya con ver a su amado picándose la vena día tras día.

POYA: Anda Plátano... que no te enfades joder... ¡que al final me voy a tener que cagar en toda tu puta madre! ¡JA JA JA JA! – Poya no era un mal tío en realidad, le pasaba como a Sid Vicious, que todo era apariencia pues vivía como un bohemio renacentista ultra sensible de su tiempo.

PLATON: Bueno Poya, te perdono... pero sólo si me das un pico – Le sugirió el sarasa.

POYA: ¡Claro hombre! ¡Que no soy un puto catalán, joder! Vente p'acá y pásate la mierda brazo ese de gafapasta giliflautero que me llevas. Te voy a enchufar la máquina y ya verás qué pico más guapo te va a caer.

Pero lo que Poya no sabía era que Platón le había pedido un pico de los que se dan con los labios. Sobreexcitado al encontrarse con la posibilidad de besar a su gran amor, Platón se sacó la chorra más tiesa que un obelisco, ladeó a Poya como si este fuese un muñeco de trapo y le atravesó el chándal de Tactel endiñándole un trabucazo que de verlo por la tele heriría la sensibilidad hasta de los más atrevidos. Ríete tú de *A serbian film*.

– ¡¡¡AAAAAH, AAAAAH!!! –Gritaba Poya espasmódico, pero su lamento gitano no consiguió aplacar la furia enclaudadora de Platón, que parecía tener la fuerza de un martillo neumático picando rocas de grava.

El cuelgue de la heroína subsahariana junto con la devastación anal que le practicó Platón terminaron por provocarle a Poya un paro cardíaco que se lo llevó para el otro barrio con cara de absoluta estupefacción. Fue la primera tragedia a manos del conocido Amor Platónico. Semanas después, y a petición expresa de su amado, trasladaron el cadáver de Poya a Troya en un ataúd de madera con forma de polla que se lo hicieron los negros aquellos que promocionaban el Aquarius. Los troyanos que presenciaron el funeral se partían la caja al comprobar que el fétetro tenía forma de rabo con glande y testículos incluidos. Platón se sintió tan decepcionado ante la ofensa del pueblo troyano que decidió vengarse; para ello, la misma tarde del velatorio, se mantuvo oculto durante horas detrás de una lápida esperando a que cayese la noche y así, cuando finalmente los aldeanos se fueron a dormir, el filósofo salió de su escondite con la polla dura en la mano dispuesto a colarse, una por una, en todas las casas como un vulgar caco por tal de masacrar a machetazos genitales los virginales rectos de los chavales que habitaban en la metrópolis.

– ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaargh! ¡Ooorghf! ¡Uooorghf! –Se les escuchaba bramar a los zagales mientras los cojones de Platón repicaban indó-

mitos contra sus perineos. El tío parecía una ametralladora de follarse culos.

A la mañana siguiente Troya amaneció izando la bandera del arco iris y declarándose la primera ciudad *Gay Friendly* de la historia. Por su parte, Platón decidió escribir un libro al que llamaría ‘El banquete’, en alusión al festín de ojetes que se pegó aquella noche. Años más tarde también montó su propia escuela de maricones en Troya y un centro de ayuda para drogodependientes que según cuentan también era la polla.

* * *

VOLUMEN II

CÓMO CONOCÍ A VUESTRA GORDA

* * *

**CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR
DEL CAPITÁN TARSICIO PETACLIO**

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

CÓMO CONOCÍ A VUESTRA GORDA

PRIMERA PARTE

AMOR DE VEGANO

Como no era demasiado resultón, durante la mayor parte de mi adolescencia me comí los mocos hasta decir basta. Un buen día todo eso cambió sin previo aviso y de pronto me vi relacionándome con las tías como si siempre hubiese sido así, y sucede que es precisamente así como funciona. La historia de mi empecinamiento en pos de revelar los maléficos planes de dominación mundial por parte de los maricones del espacio comenzó a la par que mis primeros escauceos con las mujeres durante los tediosos años en el instituto de formación profesional. Las salidas nocturnas de mi etapa adolescente pronto me emparejaron con una gorda repulsiva que fue quien me introdujo en el rollo filogay –así lo llaman–. Como de aquellas tenía diecinueve años y era la primera vez que salía con una tía no me importó en absoluto que estuviese un poco nutra, aunque eso sí, me llevé una buena decepción después de enrollármela pues cuando quedamos para ir al cine el día siguiente no fui capaz de reconocerla. Ciertamente es que la escasez de luz en las discotecas juega siempre a su favor. La verdad, parecía como si desde el momento en que la besé hubiese estado una semana entera haciendo retención de líquidos.

Mi ex era una de esas tías a las que los maricones del espacio conocen como ‘mariliendres’ o ‘mariladillas’ –un ejemplo conciso de su tan lamentable sentido del humor– y que, al igual que el resto de las mujeres, se sienten atraídas por ellos debido al parecido físico que guardan con las estrellas de cine, los modelos masculinos de pasarela o con sus ídolos de la televisión. Por lo general las mariliendres responden a ese arquetipo de chicas cebadas y con la autoestima por los suelos, que comen helados de litro mientras viven inmersas en la ficción televisiva de ‘Sexo en Nueva York’ o series similares por las que guardan compulsiva devoción. En cuanto pasan de los veinte comienzan a sentirse solas y fracasadas, es entonces cuando las

chicas-foca tienden a acoplarse a los grupos constituidos íntegramente por maricones con la finalidad de restregar sus gordos culos contra ellos durante las noches en las que salen a bailar; también para compartir chismes sobre otras mujeres más agraciadas que ellas detestan, hablar de cremas faciales o comparar precios de los locales donde practican la depilación definitiva.

Como mujeres que son, ellos las odian, claro está... aunque los maricones suelen mostrarse condescendientes en estos casos puesto que las mariliendres/chicas-foca no constituyen ninguna amenaza para sus conquistas, ya que carecen de cualquier atisbo de atractivo físico. Todo el mundo sabe que las amigas gordas traen consigo a otras amigas que sí están jamelgas, y estas amigas jamelgas atraen a su vez a los machos vigorosos que son el pasto principal del que se alimentan los maricones. Así pues, las mariliendres les son de utilidad a modo de cebo o señuelo contribuyendo en las cacerías de culos que llevan a cabo los fines de semana para cubrir sus necesidades, por lo que ambas especies conviven en perfecta armonía y simbiosis siempre que las gordas no se pongan demasiado imbéciles.

Como regla implícita de la selección natural, los varones heterosexuales acostumbamos a sudar descaradamente de las chicas-foca hasta que no nos dan las cinco o las seis de la mañana por lo menos, que es el espectro de tiempo en el que desaparece todo indicio de dignidad y nos volvemos más receptivos y abnegados con tal de meterla en caliente. En conjunto las mariliendres acostumbran a ser mujeres poco agraciadas, impertinentes y asociales, que se las puede encontrar de fiesta en los temidos ambientes gay, en mugrientos garitos de jevis o incluso tienden a frecuentar el ámbito de los perroflauteros piojosos de las cavernas... en definitiva, sitios sórdidos y mayormente oscuros donde pueden esconder su fealdad. En el peor de los casos se las puede llegar a confundir con travestis obesas o lesbianas del tipo leñador. Estas mujeres NO follan –creedme– y sus nece-

sidades de cariño se sacian con los elogios y halagos de sus buenos amigos los maricones, que las agasajan con frecuencia poniéndolas de divinas de la muerte aunque sea a costa de mentir de forma ruin y descarada, pues bien de todos es sabido que los maricones del espacio no guardan ningún tipo de escrúpulos como para soportar mala conciencia a causa de mentir. Precisamente es la falsedad y el cinismo lo que suele delatarles.

Embelesadas por su atractivo, las mariliendres tienden a enamorarse en secreto de alguno de sus amigos gay confiando en que serán capaces de devolverles a la heterosexualidad de alguna forma mágica y asombrosa, tal como sucede en esas series de ficción de las que son tan fanáticas. La realidad es obviamente muy distinta y las pobres chicas se tienen que conformar, presenciando cómo sus amores platónicos se besan y se magrean los paquetes con otros maricas mientras ellas se quedan a dos velas y con las bragas hechas un chubasquero. Si es que las tías también tienen un bofetón...

* * *

UNA VELADA COMPROMETIDA

Después de pasar una maravillosa tarde en el parque contemplando apasionado cómo la que era mi novia por aquel entonces devoraba dos hamburguesas triples del ‘Búrdel King’ –así me ha gustado siempre llamarlo– la tía me comentó que aquella noche saldríamos de fiesta por la capital con unos amigos suyos que eran... ¡gays! Madre mía, para un chico de pueblo como yo aquel iba a ser un momento verdaderamente comprometido. Mi primer contacto con el mundo homosexual y no tenía ni idea de cómo debía comportarme.

–Oye –Le dije–. Cuando saludas a un tío de esos ‘gay’... ¿le tienes que dar la mano normal o le tienes que dar dos besos como si fuera una tía?

–Joder Talentus –Me dijo la gorda–. Pues no sé, yo siempre les doy dos besos, como a las demás... pero bueno, eso depende de cada uno, claro.

¡Válgame el señor! Sólo con las primeras impresiones ya me daba cuenta de que todo aquello se me iba a hacer así como bastante catastrófico. Seguro que terminaría metiendo la pata por muy prudente que tratase de ser, no sé, tal vez se me escaparía un chiste sobre maricones o soltaría algún impropio furtivo en plan homófobo sin darme cuenta. Desde luego, sería una noche muy larga.

– ¿Sabes qué estaba pensando? –Articulé.

–Pues no, claro que no... –Me confesó ella.

–Obviamente... verás, estaba pensando que ‘divorcio’ debería escribirse con be en lugar de escribirse con uve.

– ¿Ah sí? Y ese razonamiento tan... tan fuera de lugar ¿a qué se debe?

–No, verás... es que últimamente se está criticando mucho la libertad con que la gente se divorcia y todo eso...

–Ahá –Me seguía ella.

–Y creo que la fonética de la palabra influye mucho en este caso, por las connotaciones que le otorga... no sé si me explico.

–*Grongf, slurps, gronf, gronf...* –Masticaba la gorda mientras me miraba tratando de mantener un mínimo gesto de expectación.

–Quiero decir, que si divorcio se escribiese con be, igual que aborto, pues tal vez la gente le tendría un poco más de respeto al divorcio... es que creo que al escribirse con uve no suena todo lo violento y desagradable que debería sonar.

–O sea, que según tú la gente no se divorciaría tanto si divorcio se escribiese con be en lugar de con uve... es decir, ‘diborcio’ ¿no? –Me parafraseaba ella enfatizando al pronunciar la be.

–Efectivamente.

–Estás como una puta cabra Polla, la próxima vez mejor pídete un Acuario.

En cuanto la chica-foca se limpió la mayonesa que le escurría por los morros nos dirigimos hacia el metro y recuerdo que apenas la escuchaba mientras ella pretendía comerme el tarro con no sé qué historia sobre lo que estaba estudiando últimamente. De vez en cuando le echaba un vistazo a los tetones –ya se sabe, ‘chica gorda = peras gordas’– pero lo cierto es que en aquel momento estaba más preocupado por cuál debía ser la actitud correcta de cara a los gueyes¹ que por cualquier otra cosa. Yo era un tipo corriente, y lo de llevarse bien con los homosexuales era un rollo más bien cosmopolita... como la gente de ciudad, que es más guay porque son tolerantes o algo por el estilo. Eso se llevaba ahora, antes nunca había sido así. Es como lo de los dinosaurios... que no se extinguieron, sólo se pasaron de moda.

¹ *De rey, reyes / De gay, gueyes (nota del trad.)*

Seguro que en algún momento de la noche metería la gamba, la gorda se enfadaría conmigo por irrespetuoso y tendría que volver a mi casa solitario para cascármela viendo porno en VHS... y encima teniendo lejos a mis padres, que era lo que más rabia me daba. Si fuese trucho seguro que podría aprovechar la ocasión para follar durante dos días seguidos con tres o cuatro pavos a la vez ¡Puta mierda de condición heterosexual y puta mierda de tías frías que te dan largas para no follar contigo!

Mientras contemplaba el bamboleo de sus tetazas medio hipnotizado aproveché que tenía la mente en blanco y me puse a reflexionar, llegando a la conclusión de que en lugar de pajearme debería invertir mi tiempo en escribir un manifiesto que, una vez aceptado en el parlamento con los votos a favor de la mayoría de los congresistas, obligase a las mujeres a someterse a los deseos de los hombres solitarios cada sábado por la noche. Tampoco sería tanto pedir. Luego se me ocurrió que probablemente llegaría el día de un futuro no muy lejano en el que algún químico conseguiría descubrir la manera de alterarlas genéticamente por tal de que éstas estuviesen siempre dispuestas para follar. Recapacitando, pronto caí en la cuenta de que podrían darse episodios desagradables de violencia entre los varones a causa de los celos y esas cosas... pero luego llegué a la conclusión de que si todos los tíos pudiésemos follar siempre que quisiéramos no trataríamos de monopolizar a las mujeres y viviríamos mucho más felices sin necesidad de competir entre nosotros.

Por un instante sentí la atenta mirada de la gorda clavada en mí, me observaba como esperando que le respondiese a algo que me había planteado. Una vez más volvía a encontrarme entre la espada y la pared, con lo que opté por emplear mi habitual estratagema para las situaciones de riesgo:

–Joder, pues vaya putada ¿no? –Le dije.

–Ya, es que no es justo que mientras yo esté haciendo todo el trabajo ella se esté tocando las narices y claro, pues bla, bla, bla... –
Prosiguió.

De nuevo había conseguido salir airoso. Es fácil aparentar que les prestas atención pues, como siempre se están quejando, tan sólo hay que mostrarse indignado o afectado ante lo que te cuentan y ellas pensarán que de verdad las estás escuchando. Sólo por eso uno ya puede apreciar que, bueno... que todavía no están a la altura; si los tíos no tuviésemos que obedecer a nuestras pollas las cosas serían muy distintas. Esa es otra de las ventajas que los maricones mantienen sobre los heterosexuales: hacen con las tías lo que les sale de los huevos puesto que no las necesitan para nada en absoluto. Y encima las muy tontas se dejan.

Poco después de salir del metro avistamos a sus amigos maricones, ellos habían llegado antes y ya nos estaban esperando junto a la boca de la estación. El que era rubio y con gafas se separó por un segundo de su teléfono móvil levantando la mano para saludarnos. Antes de que se produjese el inminente encuentro ya pude sacar mis primeras conclusiones: Los maricas, el uno rubio y el otro moreno, iban vestidos como si les hubiesen bajado directamente del escaparate de una tienda de alta costura; ambos se veían esbeltos y deportistas, el tipo de tíos que hace que las nenas se les tiren al cuello. El rubio tenía pinta de seductor de discoteca y el moreno por su parte parecía un gafapasta de esos que escribe columnas de opinión en su propio periódico. En cuanto nos reunimos noté que ya me había puesto nervioso del todo. Al rubio, que seguía charlando por el móvil con una voz aparentemente normal, le di la mano siguiendo un acto reflejo y él me miró de reojo asintiendo con la cabeza. Me pareció un engreído. Cuando me tocó saludar al moreno con pinta de gafapasta le di dos besos para enmendar mi primer desliz y al acercarme percibí que llevaba puesta una colonia, o casi que diría perfume, con una

fragancia que juraría no haber conocido antes en la vida hasta ese instante. No olía a varón, tampoco olía a mujer... era una combinación extraña, algo así como colonia deportiva mezclada con perfume edulcorado de esos que se ponen las quinceañeras y que huelen como a nubes de gominola o cosas por el estilo.

Tras las presentaciones los maricones sugirieron ir a tomar algo a una cafetería cercana. Mientras paseábamos por las calles de la capital la gorda parloteaba emocionada ante el reencuentro, y vete tú a saber sobre qué hablaría pues lo cierto es que no le estaba prestando la más mínima atención. Lo que sí recuerdo es que se exageraba demasiado en los gestos que hacía y claro, todo hay que decirlo, daba un poco de vergüenza ajena pasear por ahí con una friki palurda y semi histérica que berreaba en plena calle como si se le hubiesen terminado las pilas del audífono. Yo por mi parte procuré sencillamente sonreír y no pronunciarme en ninguna ocasión para así evitar el que pudiese meter la pata. Puede que sí llegase a intercambiar algunas palabras con el moreno cuando las atenciones de la mariendres se centraban demasiado en el rubiales... pero debieron resultar tan banales –con be– que ni las recuerdo, probablemente hablamos de la dificultad para encontrar aparcamiento y de lo mal que conduce la gente en la capital.

A los maricones, o por lo menos a aquellos dos en concreto, se les veía que eran sin lugar a dudas unos tíos resultones y con encanto, sobretodo el rubio de las gafas del cual me llegué a sentir celoso cuando vi cómo Sebo, la que entonces era mi novia, le prestaba unas atenciones que a mí dejó de darme justo después del segundo día en que nos enrollamos.

‘Si no fuese porque es homosexual seguro que este tío tendría parienta desde los dieciséis por lo menos’ –Pensé, y la verdad es que sentí envidia de su ropa cara, de su aspecto pulcro e incluso de la colonia esa que llevaban y que claramente seducía a las mujeres

haciéndolas caer como moscas a la luz de un fluorescente. Los muy cabrones eran unos genios del magnetismo, no me extrañó en absoluto que la chica-foca se deshiciera en halagos y carantoñas con ellos.

Poco después tomamos asiento en la terraza de una cafetería que parecía un perfecto decorado de la serie *Friends* y mientras Sebo les contaba con entusiasmo cómo fue su experiencia deglutiendo las hamburguesas triples que se había zampado yo me dedicaba a psicoanalizarme en busca de indicios que me hiciesen sospechar que tal vez pudiera poseer una condición homosexual latente. Les observé de arriba abajo, tanto al rubio como al moreno, y me sentí aliviado al comprobar que sus barbas, sus musculitos y sus perfumes de maricón no me atraían en absoluto; luego hice un contraste de resultados pegándole un repaso a las tetas de la gorda y el agradable calor hipo-púbico que sentí en aquel preciso instante me dio la razón devolviéndome la calma para poder sobrellevar el resto de la noche, consciente de que no iban a ser capaces de retractarme de mi condición. Sorprendida, Sebo se volvió hacia mí y espetó:

–Talentus ¿Me estabas mirando las tetas?

–Claro –Le dije–. Soy heterosexual.

Los gueyes me rieron la gracia; creo recordar que aun así a Sebo no le hizo demasiada.

–Te aseguro chaval... –Me decía el rubio, que era claramente quien llevaba la voz cantante– que si sobrevives a esta noche vas a ser el hombre más heterosexual en toda la faz de la Tierra.

– ¿Vamos a ir a Arena? –Le preguntó la gorda tratando de contener la repentina ilusión que brillaba en sus ojos. El homosexual se tomó un segundo de silencio, inspiró lentamente levantando la barbilla, le sostuvo la mirada cara a cara con semblante serio y melodramático hasta que finalmente dispuso:

–Sí... ¡Esta noche iremos a Arena!

Y el resto ya os lo podéis imaginar, el rubio y la gorda nos pusieron en evidencia, saltando y abrazándose allí mismo en medio del bar tal como si les hubiesen tocado tres décimos de la lotería del niño. El moreno me miró, yo sonreí cínicamente. Poco después él también me dedicó una sonrisa y acercándose su taza de café hacia los labios me dijo:

–Chaval, te ríes porque aún no sabes la que te espera.

* * *

DISCOTECAS DE AMBIENTE

Tomé consciencia de lo que estaba sucediendo a mi alrededor cuando me vi frente a una gran fila de maricones que esperaban para entrar en Arena, una de las más prestigiosas discotecas de ambiente de la ciudad —así se les llama a lo que podrían considerarse como sus bunkers—, cuyo nombre evoca alegóricamente el rollo ‘gladiadores con torsos sudados y saunas romanas de dudosa reputación’. Tratando de disimular cuanto me era posible y procurando guardar discreción observaba atentamente el tumulto que formaba cola delante de mí. No llegaba a concebir el que todos aquellos tíos pudiesen ir por la vida así, disfrazados como auténticas nenas, con esas pintas de sodomita y haciéndose los mariposones tan abiertamente sin que les importase lo más mínimo su propia dignidad.

En repetidas ocasiones me percaté de que algunos de ellos también andaban examinándome de arriba abajo, no recuerdo haberme sentido nunca tan observado... ¿Se habrían llegado a dar cuenta de que yo no era uno más de su calaña? Estaba deseando entrar para poder tomarme un cubata y mitigar la sensación de paranoia; seguramente tendría que dar muchas explicaciones si se daba el caso de que llegase a encontrarme con alguien conocido ahí dentro. Esto fue lo que sucedió:

Nada más entrar tropecé de frente con dos lesbianas que estaban buenísimas de infartarse, sobándose las tetas y comiéndose las bocas completamente desatadas como si les fuese la vida en ello. Cierto es que escenas así ya las había visto en el porno, claro, pero verlo en vivo y en directo me devolvió el hinchazón genital; mira tú por dónde, de forma imprevista, la noche comenzaba a superar mis expectativas desde el mismo momento en que puse el primer pie en aquella discoteca de mala muerte. Poco después el maricón que era

rubio y con gafas se acercó a mi oído para comentarme algo que no escuché, aun así asentí, dedicándole mi más amplia y sincera sonrisa –producto de la magnífica escena bollera– con lo que el chaval me sonrió también y, despreocupado, se dio media vuelta para saludar efusivamente a unos amigos suyos que bailaban en corro justo detrás nuestro. Es lo que tiene ser un rancio; queda claro que, en cuanto los demás ven signos de aprobación por tu parte, automáticamente les alegras la noche y te dejan en paz. Durante la primera media hora que pasé en Arena los maricones gays se dedicaron a presentarme a otros tantos maricones gays; unos bajos, otros altos; unos feos, otros guapos; unos con bigote, otros calvos con el pecho en plan palomo; unos vestidos de calle, otros vestidos en plan ‘Por el amor de dios...’; unos con pendientes en las cejas, otros con cara angelical y muchos con pinta de viciosos... yo que sé, pero allí había maricones de toda condición y seguramente llegados desde los cuatro puntos cardinales del planeta.

Me sentía un extraño fuera de mi mundo, más o menos como cuando la princesa Leia se disfrazaba de caza-recompensas para acceder al palacio de Jabba... sólo que yo no era princesa, tampoco llevaba un Wookiee y ni mucho menos disponía de una granada de mano por si la cosa se ponía chunguá allí dentro.

No recuerdo exactamente qué tipo de música sonaba en aquel garito, sé que había varios ambientes, uno con música *house*, otro que parecía un karaoke para petardas –llegaron a poner la canción de la Abeja Maya, os lo aseguro– y un par más donde me atreví a entrar pero que no llamaron especialmente mi atención pues debían ser de salsa o alguna mierda por el estilo. Aquella noche me sentía como el primer explorador que se adentró en el Amazonas, todo resultaba amenazador, extraño y completamente nuevo para mí.

Apenas me había tomado el primer whisky cuando ya me parecía ir más pedo que Alfredo, como si me hubiesen drogado con alguna sustancia psicotrópica. Llegué a pensar que aquellos maricones habían contaminado mi bebida a propósito, pero descarté la posibilidad puesto que por muy maricones que fueran no iban a ser tan capullos de gastarse la pasta en echarle droga a los cubatas de los tíos que pudiésemos parecer sospechosamente heterosexuales... o tal vez sí ¿cómo podía saberlo? Sea como fuere me entraron ganas de mear, así que me alejé de la cuadrilla saludando con el brazo en alto, gesto que ellos debieron interpretar como que me dirigía al mingitorio o bien que simpatizaba abiertamente con el fascismo italiano.

* * *

CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR

TERCERA PARTE

Odio Misógino

Tras la edad oscura de la humanidad, justo después de la prematura desaparición de la civilización micénica, los maricones del espacio, cuya apariencia como os comentaba anteriormente es en principio muy similar a la nuestra, comenzaron a introducirse sin problemas en la tradición humana heterosexual. A su llegada descubrieron con fascinación todo cuanto había dado de sí la evolución de las especies en nuestro amado planeta, ya que en Mariconia tan sólo habitaban ellos y sus animales de trabajo: las mujeres. Dícese de esta subespecie intergaláctica que proviene originariamente del planeta Venus y que se extendió por todos los confines de la galaxia gracias a su portentoso intelecto y su saber estar. Cabe lamentar el que esta facultad presentase una fisura de la cual los maricones del espacio supieron aprovecharse, para someterlas así a sus prácticas despóticas utilizándolas como esclavas en su propio beneficio.

Desde su llegada, la prole venusiana logró sobrevivir con cierta dignidad en nuestro planeta pues, teniendo en cuenta que en Mariconia hacían las veces de mulas de carga, en la Tierra fueron comúnmente destinadas a ser un mero recipiente para la gestación sin que por ello se las vilipendiase con un trato vejatorio o discriminatorio. Así pues, la principal diferencia entre nuestro mundo y el de los maricones del espacio, aparte de que aquí tenemos comadreas y ornitorrincos, radica en que el ser humano podía reproducirse a un ritmo vertiginoso gracias a la afortunada aparición de las féminas llegadas de Venus.

Mientras vivieron en Mariconia, los maricones del espacio empleaban su particular encanto, inteligencia y poder de sugestión por tal de tiranizar a las hembras utilizándolas para coser, arar el campo, recoger los cereales, fregar los platos y trabajar la forja. Por des-

gracia para ellos en la Tierra no lo iban a tener tan fácil, ya que el sistema de cautiverio femenino –la fisura de la que os hablaba en el primer párrafo– que implicaba poner de manifiesto el romanticismo, los abdominales pronunciados, la depilación corporal, los polvos pasionales y las películas de Hugh Grant o Julia Roberts se les volvió en su contra. Dado que su aspecto era tan similar al nuestro, las hembras venusianas confundían a los aletargados varones humanos con los suntuosos maricones del espacio y estos terminaban copulando con ellas sin saber ni cómo lo habían llegado a conseguir.

Sugestión, amigos, es el segundo nombre de la mentira. Los maricones del espacio lo sabían y lo empleaban a conciencia, persuadiendo a las mujeres para que se ocupasen de los trabajos que ellos no querían hacer. En contra de sus expectativas esto no sucedió así en nuestro planeta, pues jamás consiguieron domar a la raza femenina con la misma eficacia con que lo hicieron en Mariconia. Las mujeres terminarían desfogándose, a veces contra su voluntad, con los machos gañanes pobladores del planeta azul, evitando de esta forma el método de persuasión hipnótica que las llevaba a someterse por completo a las órdenes de los pérfidos maricones de primer nivel.

Debido a su condición de seductores, a este tipo de maricones se les acabó conociendo como ‘Galanes’, de manera que pudiesen distinguirse de los ‘Gañanes’, que era como se nos conocía entonces a los verdaderos varones heterosexuales.

Cabe recalcar que en la antigüedad aún se desconocían conceptos que están hoy tan arraigados a nuestra sociedad como los besos, el romanticismo o las películas en las que los copulantes terminaban casándose y negándose mutuamente la posibilidad de tener relaciones sexuales con otras parejas; toda esa farsa no es más que otro de los magníficos y bien elucubrados inventos fruto de la perversa clarividencia de los maricones del espacio, que como os decía empleaban sus más sutiles técnicas de chantaje emocional con la finalidad

de oprimir a la mujer y ponerla a hacer canastas de mimbre o sillas de esparto. Entonces uno puede preguntarse: ¿Cómo era el mundo antes de que existiesen los besos, el romanticismo y el amor? Pues la respuesta es bien sencilla: antes de que se propagasen todas esas absurdas ideas los humanos follaban –y permitidme la expresión– de la misma manera que lo hacen aún los animales: por mera supervivencia de la especie; con lo cual, mujeres y hombres podían emplearse en lo que les parecía más estimulante y saludable sin necesidad de preocuparse por pasar toda la vida tratando de encontrar a su media naranja –que mira que eran cutres con las metáforas– ni perdiendo el tiempo con estúpidos celos que les llevaban a vivir todo el día pendientes del móvil de sus parejas, o pasándose tardes enteras agobiados delante del televisor viendo películas chorras que ninguno de los dos querían ver, o enzarzándose en absurdas disputas al verse atosigados por los demás miembros humanos que les asaltan en estado de máxima secreción hormonal cuando salen juntos a bailar.

V.C.H.A

Los maricones, como siempre tan astutos, apenas tardaron unos pocos años en llegar a la conclusión de que empleando la base del acto sexual de la reproducción humana podían propagar la enfermedad que transformaba a los varones heterosexuales en maricones del espacio. Así pues, éste será el tercer milenio consecutivo que llevarán tratando de engatusar con malas artes a los varones de la Tierra por tal de encularlos y convertirles así en maricones de nuevo cuño. El sistema es ancestral y viene empleándose de la misma forma desde sus comienzos; les dirán por ejemplo: “Si no lo has probado no puedes saber si te gusta” que es uno de los clásicos señuelos que utilizan para persuadir a los hombres más pardillos y bombarles el VCHA o 'Virus de la Condición Homosexual Adquirida' del cual estoy seguro que nunca antes habréis oído hablar aunque probablemente sí conoceréis su homólogo, el VIH, desarrollado por los nazis en el año mil novecientos treinta y seis a raíz del descubrimiento casual de dicha enfermedad cuando se estudiaba el comportamiento de los judíos que eran capaces de salir de compras. Los nazis fueron la última esperanza en la lucha humana contra el VCHA, por lo que dedicaré una buena parte de la historia a contaros cómo consiguieron los maricones del espacio acabar con la corriente nacional socialista cuando finalmente comenzábamos a despertar por primera vez en la historia. ¿Crímenes contra la humanidad? ¡Mentira! En todo caso deberían considerarse ‘Crímenes contra la homosexualidad’... pero sobre este tema ya volveré a tomar el hilo cuando proceda.

Por eso, y como última aclaración que hago sobre este concepto, el término ‘Griego’ sirvió para dar nombre a la etapa primitiva en que la humanidad y los maricones del espacio comenzaron a compartir el mismo territorio. Esta locución se tomó directamente de la

expresión ‘Grita cuanto quieras que voy a dejarte el culo echando fuego’ (‘Gri/ego’ para acortar) que entonces utilizaban los maricones cuando salían a la caza de jóvenes efebos, placándoles salvajemente mientras éstos corrían virginales, alegres y despreocupados por los prados, desconocedores del encanto y las ganas de empetaque que despertaban en aquellos indómitos maricones esteparios; maricones que incluso habían aprendido a usar el sílex para cazar en manadas.

Desde las metrópolis se podían escuchar los gemidos y lamentos de dolor que aullaban los pobres cachorros de varón humano cuando eran brutalmente enhebrados por los desalmados bujarros de la estepa. La gente de provincia empezó a cuestionarse de dónde provenían y a qué se debían aquellos desgarradores bramidos; a consecuencia de la necesidad de cubrir tales respuestas los maricones del espacio optaron por sentar las bases de los mitos politeístas, empleando historias sobre dioses todopoderosos y héroes aguerridos para dar una explicación más o menos lógica a los extraños fenómenos que se producían entorno a la sociedad griega y que debían preservarse como el más absoluto de los misterios. Tal era la cantidad de sucesos excepcionales que se producían ya de forma habitual que a la comunidad heterosexual muchas veces le costaba salir de su asombro al escuchar las ridículas hazañas producto de la imaginación de aquellos sucios y perversos maricones colmados de inventiva... pero claro, si a estas alturas todavía estamos en la parra, que nos creemos lo de los horóscopos o lo de que nos va a tocar la lotería sin ni siquiera comprar boletos, imaginad lo que les costaba a los griegos creerse el que existieran seres antropomórficos con cabeza de toro y cuerpo de hombre, o caballos con alas, o películas buenas protagonizadas por Nicolas Cage o yo que sé qué más paridas que se les ocurrían... ¡si es que siempre hemos sido unos tontos del culo!

Capitán Tarsicio W. Petacchio

Escuela de maricones

Otra de las grandes contribuciones por parte de los maricones del espacio durante la época de la eclosión intelectual fueron las bebidas alcohólicas. Sócrates, cuyo nombre pasó a los anales de la historia – de ahí la expresión– por ser el primero de los ocho ‘filósofos’ del cual se hace mención en el Necromaricón, sentó las bases de nuestra cultura occidental siendo el precursor de la pederastia de intercambio, las borracheras de los fines y los programas de cotilleo durante la sobremesa además de contribuir con el desarrollo de los primeros opiácidos. Por eso, y por si no os lo habíais preguntado ya, *Filo* significa ‘culo’ y *Sofo* significa ‘follar’ en el idioma de los maricones del espacio, de ahí que a los homosexuales primitivos se les conozca como filósofos.

El que dijo ser el primer filósofo de la historia fue, de forma encubierta, uno de los culeadores atávicos más significativos que en su día tuvo la fortuna de revolucionar a toda una generación desarrollando el cultivo de la planta del alcohol, cuyas semillas tienen forma de brote de soja, y de ellas consiguió destilar las bebidas que se conocieron como ‘alcohólicas’. Entre ellas se encontraban el Anís, llamado así porque ‘te abre el ano como una flor de lis’; el Aguardiente, que confiere resistencia durante el acto ya que solía decirse que ‘aguantará tu culo hasta que te lo reviente’; la Acerbeza, más tarde conocida como cerveza, con la que supuestamente ‘acertarán en tu blanco culo aunque te escondas en la maleza’; el Vino, del que aseguraban que ‘viajarás durante horas cabalgando mi pepino’; y el Chinchón, al cual nunca le buscaron una rima fácil porque el nombre de por sí ya les hacía suficiente gracia.

Una vez más, creyendo haber encontrado la solución definitiva para poder follarse a todos los varones heterosexuales de la Grecia antigua, la casualidad quiso que volviese a salirles el tiro por la

culata –de nuevo el origen de la expresión– cuando pudieron comprobar que el mismo alcohol que sembraban para engatusar a los varones causaba mayor efecto de embriaguez en las mujeres que sobre éstos, lo cual las inducía a despelotarse alegremente y ponerse a fornicar desatadas por completo con los machos, que no cabían en su gozo de contentos y que pudieron despojarse de su tensión sexual no resuelta sin necesidad de entregarles el culo a los jodidos maricones. Aquel fue un día triste para Sócrates, por la mañana se enteró de lo del alcohol y aquella misma tarde perdió la vida al desprenderse sobre él uno de los capiteles de mármol del Partenón mientras copulaba salvajemente con su discípulo Platón, que fue el primer humano en recibir el gen original y el precursor de la segunda oleada de maricones filósofos en la Tierra.

Platón, hundido por la irreparable pérdida de su mentor y amante más fiero, dedicó la mayor parte de su vida a predicar la palabra de Sócrates armado únicamente con su gran sonrisa y unas ansias de culo voraces como nunca se hubieron visto; incluso aprendió a escribir por tal de que nunca llegasen a perderse sus enseñanzas. El resto del tiempo lo invertía haciendo cojines de punto de cruz y cocinando postres caseros para sus vecinos.

Y así, casi sin querer, Platón se implicó a fondo por tal de educar a nuevos alumnos que terminarían convirtiéndose en los maricones del espacio de segundo nivel. Su aportación más despiadada fue crear el terrorífico concepto moderno de la escuela y lo que años más tarde se conocería como el derecho a la pernada gay, pues Platón exigiría los virginales rectos de sus alumnos a los padres como forma de pago (Lo del *Paypal* todavía tardaría varios siglos en aparecer) para así cobrarse el servicio educativo que decía impartir en sus clases de mierda.

El término ‘escuela’, que deriva de la conjunción latina *schole*, se podría decir que era una forma encubierta que tenían los profesores

de mentar su famoso lema ‘Te petaremos el culo mientras nos aguante la papela’. Y lo hicieron bien, ya que todos salían ganando puesto que los padres podían desprenderse de sus hijos la mayor parte del tiempo y los maestros podían saciar sus necesidades onanistas... además, cobrando.

La educación organizada es otro vil engaño que ha conseguido perdurar desde la época de Platón hasta nuestros días. Decidme si sois capaces de comparar la cantidad de enseñanzas útiles que aprendisteis durante vuestro paso por el colegio con las que aprenderíais más tarde fuera de él; os dais cuenta ¿verdad? El colegio es sólo un garaje en el que vuestros viejos os estacionan como a un vulgar automóvil mientras ellos pueden ir a trabajar y ganar dinero para subsistir, despreocupándose por completo del hecho de que deberían invertir tiempo en educar a sus hijos correctamente. En el colegio tratarán de haceros creer que hay que estudiar mucho y sacar muy buenas notas para que el día de mañana, cuando por fin salgáis de la escuela, podáis vivir casi sin pegar ni sello. Más o menos como lo de portarse bien para ir al cielo y todas esas gilipolleces sobre las que ya me extenderé en capítulos más avanzados.

CÓMO CONOCÍ A VUESTRA GORDA

SEGUNDA PARTE

EXTRAÑO EN MI PROPIA CIUDAD

Crucé la sala entera y os puedo asegurar que no exageraba cuando antes os dije que aquello parecía el mismísimo palacio de Jabba el Hutt pues, al igual que sucedía en éste, Arena estaba copado hasta los topes por criaturas grotescas y extravagantes que no hacían más que observarte con semblante intimidatorio. Deseaban mi culo, sobre eso no podía haber ninguna duda. De camino hacia los servicios me pareció ver cómo un jambo le comía la polla a otro mientras que éste se tomaba un pelotazo en la barra casi sin inmutarse. Aparté la vista. Luego pasé entre medio de dos parejas de mariposones vestidos de cuero que bailaban muy despacio, agarrándose los culos con firmeza y mirándose a los ojos en plan obsceno. Volví a apartar la vista. Los servicios no hacían distinción entre hombres y mujeres, pero más que nada porque uno no podía estar seguro de que aquella discoteca albergase mujeres de verdad. Una vez allí esperé a que se abriera la puerta de alguno de los retretes puesto que no tenía ganas de acercarme a los urinarios y darles la posibilidad a los bujarras de pillarme desprevenido con el pantalón desabrochado. Pensé en cuánto cariño le debía aquella noche a mi cinturón.

Durante el tiempo que estuve esperando mi turno procuré mirar fijamente hacia un punto fijo entre las baldosas de la pared por tal de parecer mongólico y que los tíos que iban y venían me obviasen como cuando uno entra en una discoteca en la que sólo hay gordas y dice: 'Vámonos, que aquí no hay nadie'. La puerta del retrete que tenía justo enfrente se abrió y de allí dentro salió una extraña chica mulata, demasiado alta como para ser una mujer corriente y con los brazos demasiado musculados como para no ser una yonqui... ¿sería una modelo-yonqui como Naomi Campbell? La chica se detuvo un momento frente a mí y me sonrió, yo le devolví la sonrisa y procuré

cerrarle la puerta en las narices con un violento portalazo, más que nada para que no fuera a hacerse ilusiones de ningún tipo. Supongo que debió quedarle claro que con mi culo no tenía ninguna posibilidad. Lo primero que hice fue echar el cerrojo, luego ya me dispuse a mear y mientras lo hacía volqué la cabeza hacia atrás del gustazo que me estaba dando desaguar el Yangtsé. Entre tanto me pegué un solemne peazo en plan cremallera tan tonto que me dio por reírme sin más, como si fuese un completo estúpido.

Mirando el techo me di cuenta de que iba un poco cegarruto, y no era de extrañar pues prácticamente aspiré el primer cubata al que me había invitado el maricón moreno. En cuanto cerré los ojos para disfrutar el momento me percaté de que les estaba escuchando gemir y suspirar por todas partes; aquello más que un aseo parecía un tétrico bosque embrujado habitado por almas en pena que aullaban estridentes pretendiendo que me asustase. El cálido clímax de la micción desapareció y entonces comencé a sudar. Los demás retretes debían estar ocupados por parejas o grupos de homosexuales que se ponían a copular desenfrenados, amparados por el prudente claustro de aquellos lúgubres servicios que olían a orín y a sucia desvergüenza... los amortiguados golpes de las reiteradas investidas tronaban como si sonasen tambores de guerra entre gritos de los indios apaches. Creí estar viviendo un auténtico mal viaje.

¡Qué cabrones! Yo llevaba como tres meses saliendo con la gorda de las galaxias y lo único que había conseguido hasta la fecha fue hacerle un miserable dedo. Tenía diecinueve años y seguía siendo virgen mientras ellos se estaban poniendo hasta el culo –sin metáforas– de follar tanto como querían.

‘Si fuese maricón ahora mismo estaría poniéndome las botas’ – Pensé, pero echarle un vistazo a mi pequeño amigo Ed en completo estado de flacidez me devolvió la calma. Aquella vez me alegré de que permaneciese estoico.

Eran cerca de las tres de la mañana y estaba aburriéndome como una ostra, así que me propuse a mí mismo que en cuanto saliese del baño bailarían un rato más, procurando aprovechar el momento para buscar nuevas escenas de lesbianismo gratuito y bollería industrial con las que deleitarme. Después ya volvería a casa para cascármela tranquilamente y olvidar así todo lo sucedido.

Salía del aseo subiéndome la cremallera del pantalón cuando un notas que llevaba gafas de sol y la camisa abierta hasta el ombligo se me acercó peligrosamente, como cuando sales del metro entre apretujones. El pavo debía ser argentino o uruguayo porque no sé qué me dijo acerca del dulce de leche. A ese ni me molesté en sonreírle, comenzaba a estar hasta las pelotas. Avancé impertérrito y al volverme advertí que el argentino/uruguayo se me había quedado mirando la contraportada. Allí no buscaban pegarte una paliza por listo... sino petarte el culo, por lo visto. Me hizo gracia mi propia reflexión. Las candentes y desconcertantes luces rojas, la densidad del humo de los cigarrillos, la marabunta de maricones... el ambiente era hostil y me sentía como un vulgar Jim Morrison puesto de peyote hasta las pestañas.

'Stranger in my own home town' que cantarían Elvis, y es que no tuve que alejarme mucho de mi pueblo para encontrar un lugar en la capital que era como desplazarse hasta los confines más alejados de nuestra galaxia.

Todo era tan distinto...

Abriéndome paso entre aquella aglomeración de bujarronas bailongas traté de regresar hacia donde se encontraban Sebo la gorda y sus maricones, pero por desgracia me despisté un momento mientras observaba a unas pavas que bailaban sobándose las tetas y cuando quise darme cuenta resultó que me había perdido. Encontré

unas escaleras frente a mí y en mi enajenación alcohólica creí que sería buena idea bajar por ellas, eso sí, procurando no pisar a los maricones babosos que estaban comiéndose las bocas al ritmo demencial de la música. Cerré los ojos para no mirar y fui soltando patadas a diestro y siniestro por tal de apartarlos de mi camino.

La luz escarlata desaparecía en una especie de corredor que se iba oscureciendo a medida que te adentrabas en él. Descansé mi mano sobre la pared y me detuve un segundo para tratar de orientarme, entonces recordé la charla con la que horas antes me habían ilustrado los amigos maricones de Sebo la gorda.

* * *

SUBCULTURA HOMOSEXUAL

Sé que ahora mismo puede sonar a que todo esto es una mera excentricidad, por no decir que es una completa gilipollez. De hecho creo que los datos que voy a aportaros ahora son del todo irrelevantes, pero como las reflexiones son mías y vosotros sois los que estáis leyendo os vais a tener que joder y tragaros toda la mierda que desembucho. Entre los nuevos conceptos que descubrí aquella noche acerca de la homosexualidad destacaría los siguientes:

–**Entender:** Es la forma discreta de decir o preguntar a alguien si es un truchaco baboso o solamente lo aparenta. Años atrás, cuando la condición homosexual debía mantenerse en absoluta clandestinidad, se empleaba el termino ‘entender’ para no levantar sospecha y preguntarle a alguien disimuladamente si le iba el rollo de petarse los culos y comerse las pollas. Hoy en día está tan extendido que cualquiera que viva o haya vivido una adolescencia normal puede conocer su significado, por eso la mejor forma que hay para evitar posibles malentendidos es corregir nuestro vocabulario y emplear siempre el verbo ‘comprender’ en lugar de usar ‘entender’, así no nos exponemos a que se preste a confusión. Os pongo un ejemplo muy claro, para cuando se presenta el caso más común.

Alguien nos plantea lo siguiente:

<<Me ha dicho tu primo el Villa que al Manolo le mola que le empetaquen, ¿entiendes?>>

A lo que uno debería responder, siempre de la forma más cortés y comedida posible, algo tal que así:

<<Verás, no te entiendo... pero te comprendo perfectamente>>

–**Galletero:** De Gay/hetero, también conocido como Filogay, refiere a todo aquel varón heterosexual que acostumbra a alternar o se mueve con frecuencia en el ambiente de los maricones motivado por algún tipo de extraña perversión. Ya se sabe que en cuestión de perversiones nunca hay suficiente escrito... como lo de Papá Noel, es decir, algo muy bueno tiene que estar sacando a cambio el tío ese para hacer tantos regalos... o tal vez será que sencillamente esté saciando una especie de insólita parafilia.

Dicen del Galletero que se trata de una persona sin prejuicios que disfruta viviendo la noche mezclado entre sarasas, respetando la condición de éstos pero conservando y manteniendo siempre su inclinación heterosexual. La verdad es que cuando me lo explicaron me pareció una posibilidad poco menos que asequible, por no afirmar rotundamente que me pareció un soberana gilipollez. Hoy por hoy me doy cuenta de que todo forma parte del mismo engaño, el Galletero es un maricón corriente que trata de vivir infiltrado en el ámbito de la heterosexualidad para así no levantar sospechas dentro de su entorno social. “Tanto si te mienten como si lo aliñan, tarde o temprano te la endiñan.” Eso es así, o si lo preferís utilizaré una frase de mi abuela que decía: “El que con niños se acuesta... es un maricón perdió que encima va y te lo demuestra”

–**Cuarto oscuro:** Un mito de nuestros días, al parecer el cuarto oscuro es un recinto que se encuentra completamente a oscuras donde los bujarras se amagan para encularse o comerse los nabos indiscriminadamente. Estos suelen encontrarse en las discotecas de ambiente homosexual por antonomasia que tienen un tipo de clientela más selecta. Tal y como relataban los amigos maricones de Sebo la gorda: ‘Se puede ir con alguien o se puede meter uno solo’, pero vamos... que una vez dentro te va a caer la del Cristo y su padre a pollazos.

–**Glory-holes:** Pronúnciese, del inglés, ‘Glori-jouls’. Son unos agujeros por donde la peña mete la chorra para encontrar a alguien al otro lado que estará dispuesto a comérsela sin necesidad de saber a quién cojones pertenece el miembro. Estos se pueden encontrar tanto en las paredes de un cuarto oscuro como en los aseos que frecuentan los maricones. La verdad es que, ahora que me doy cuenta, escuchándoles a ellos durante una sola tarde aprendí mucho más que en cuatro cursos de formación profesional.

–**Musuloca:** Se conoce así a un tipo de pierde-aceites que por lo visto apenas se distingue de los varones heterosexuales debido a la falsa virilidad con la que gustan de hacer ostentación. A estos maricones les encanta pavonearse en las discotecas de ambiente homosexual, luciendo músculos con camisetas tres tallas menos que bien podrían ser el mallot de patinaje de mi prima de once años.

Estos engendros de la vigorexia, que deprimen a heterosexuales y a maricones por igual, viven en el gimnasio tal como una rata vive en su cloaca y se alimentan a base de anabolizantes, batidos de proteínas y pastillas de esas que parecen tabletas de Escalofríos. Debido a su magnífica complexión suelen despertar suspiros entre las féminas del tipo: ‘¡Qué desperdicio de hombre!’ aunque en realidad lo que están deseando es que alguien se les acerque y les diga: ‘Te voy a meter un misil por el culo’.

Hay una leyenda viva que dice que los musculocas únicamente copulan entre ellos, pues estos proyectos de Conan el bárbaro son homosexuales a la vez que homófobos y odian la pluma. Se comportan como auténticos machos de cara a la galería aunque luego terminen comiéndose las pollas y dándose por el culo igual que el resto de los maricones –Sé que no hacía falta que fuese tan explícito por enésima vez, pero a estas alturas no quisiera escatimar en esta clase de detalles–.

–**Pluma:** Dícese de la actitud y las señas de identidad comunes en la mayoría de maricones. La pluma es fácil de distinguir por la similitud que tiene con el porte de las féminas, así pues, siendo físicamente parecidos a los varones, los maricones se comportan, se visten, caminan o gesticulan tal cual lo haría una verdadera mujer.

–**Osos:** Por si no bastase con los musculados o con los modelos de pasarela, cabe mencionar también un grupo en particular de maricones que se hacen llamar ‘osos’. El estereotipo del oso común sería el de un maricón entre veinte y sesenta años que se distingue del resto de bujarras por ser peludo, barbudo y gordo en la mayoría de los casos. Lo verdaderamente desagradable de los osos es que nos recuerden tanto a nuestros padres y eso es, sin lugar a dudas, lo más ofensivo y reprochable de su hueste. Incluso los amigos de Sebo me hablaban de ellos como si fuesen unos degenerados repulsivos... ¡Qué cosas tienen estos maricones!

* * *

LUZ EN EL CUARTO OSCURO

Me recobré de mi ensoñación en cuanto vi aparecer a dos marineros bigotudos que salieron morreándose amorosos de aquella puerta escondida tras la penumbra. Pese a la embriaguez no me cabía ninguna duda al respecto, aquello que tenía frente a mis narices era uno de esos cuartos oscuros de los que tanto me hablaron el rubio y el moreno. De repente me sentí audaz e intrépido, la curiosidad me imantó hacia la misma puerta del infierno como a un gato al que le enseñan una sardina. Coloqué mi mano sobre el pomo, que estaba congelado y además tenía un extraño tacto como viscoso, y lo giré despacio; lentamente. Ojalá se me hubiese ocurrido llamar a los Cazafantasmas antes de bajar hasta allí.

– ¡Que sea lo que Dios quiera! –Me dije a mí mismo, entre los devaneos vertiginosos y los reflujos ascendentes que me invitaban a potar. Empujé la puerta para adentrarme en la oscuridad tenebrosa, de pronto todo resultaba muy confuso.

Poco a poco fui avanzado entre las sombras, aquello que los maricas llamaban cuarto oscuro era lo más siniestro que había visto en toda mi vida desde los dibujos de la princesa caballero. Me sumergí en la lóbrega habitación tanteando a ciegas, tratando de encontrar un camino seguro, palpando pectorales duros como rocas, nalgas flácidas, bultos blandos y algunos que no parecían estar tan blandos.

Tal como si estuviese moribundo vi la luz al final del túnel, un pequeño vestigio luminoso y resplandeciente que me indujo a adentrarme con temeridad hasta el final. Ya no podría volver marcha atrás. Con el siguiente paso que di mi apéndice nasal impactó enérgicamente contra una pared que tenía justo delante. La hostia fue tan patética y lamentable que si hubiese sucedido en mi pueblo y a plena luz del día ya me estarían llamando ‘El tonto la tocha’ de por vida. A punto estuve de soltar un desgarrador alarido pero por suer-

te supe contenerme y me bastó con pronunciar *a sotto voce* un ‘Me cago en Dios y en toda su puta madre’ para poder paliar el relámpago de dolor que me azotó en la cara. Sentía la nariz abrasándome desde dentro entre palpitaciones; en cuanto llevé mis manos hacia ella para hacer presión y mitigar las punzadas dos lagrimones que escocían como dos gotas de limón ácido con cebolla y vinagre afloraron de entre mis fruncidos parpados, cegándome por unos instantes la poca visión de la que apenas disponía.

Contrariamente a lo que cabía esperar, el sonido de la música se escuchaba amortiguado dentro de aquella estancia e incluso caí en la cuenta que llevaba ya un buen rato sin oír a un solo maricón gimiendo o resollando por allí cerca. Después de que la quemazón ocular se moderase, el punto reluciente volvió a aparecer frente a mis ojos enrojecidos. Ahora estaba muy cerca de mí.

Fue entonces cuando pude comprender que la luz no provenía de un pasillo iluminado que se encontrase a lo lejos sino que se trataba de un pequeño agujero a la altura de mis pupilas; aquello parecía algo así como la mirilla de una puerta. Busqué a tientas en lo oscuro tratando de asir algún pomo con el que pudiese abrirme paso hacia la siguiente sala aunque por error manoseé varias cosas que no parecía que fuesen precisamente tiradores. Luego coloqué el rostro contra la puerta por tal de echar un vistazo a través de la mirilla y pude comprobar que la puerta bloqueaba el acceso a una habitación irradiada por una potente luz pálida y blanquecina que recordaba vagamente un escenario de La fuga de Logan.

Cuando por fin encontré el pomo para abrir lo giré despacio, tratando de hacer el menor ruido posible, y asomé la nariz dispuesto a husmear en aquel cuartucho albino. Dentro descubrí algo que no me hubiese llegado a creer si me lo hubieran contado mis amigos: los cuartos oscuros no son sino centros de operaciones encubiertos desde donde se transferían ininterrumpidamente datos acerca de la pobla-

ción heterosexual de cada una de las ciudades del mundo ¿Que cómo lo sé? Pues porque tenían colgado un monitor en la pared que mostraba un mapa terráqueo completo y a su lado dos medidores, uno con un fotograma de Bruce Willis en Jungla de Cristal –que supuse que servía para contar el índice de población heterosexual– y otro con la cara de George Michael sosteniendo un ramo de rosas – que dejaba muy claro que se trataba de un medidor de las cifras mundiales de invertidos registrados–.

En la sala luminosa había un vigilante de seguridad, tal como si aquello fuese la guarida de un ruso desequilibrado que planeaba deshacerse de James Bond o algo por el estilo. El guarda era un tipo de esos cuya edad resulta completamente indeterminada, ataviado con el clásico atuendo de marinero de los años cincuenta y que parecía como si hubiese estado alimentándose a base de ensaladas de esteroides y bocadillos de anabolizantes desde la más tierna infancia. Por suerte para mí le había pillado abstraído introduciendo datos a dos dedos en un sofisticado 486 y, como también llevaba puestos unos auriculares, no llegó a percatarse de mi intromisión. Flipé tanto, y mira que yo no era mucho de flipar por aquel entonces, que se me pasó el globazo de golpe. Ahora la luz de la habitación penetraba en el cuarto oscuro, mostrándome que éste tan sólo era un pasillo donde los cuerpos de los maricas con los que me había tenido que rozar no eran más que autómatas, maniqués, miembros de ortopedia y pollas de goma pegadas a la pared cuya misión debía ser la de disuadir a los heterosexuales curiosos que osaran adentrarse en aquella misteriosa parte del recinto.

No podía dejar de observar el entorno fascinado, me sentía como un adolescente con tendencias suicidas en un concierto de los Tokio Hotel (ahora tan pasadísimos de moda, en efecto). Cualquier cosa me llamaba la atención: el monitor de plasma que proyectaba un

capítulo de Dinastía; los ordenadores con paneles inundados por botones luminosos que parecían sacados de la nave de los *Thunderbirds*; un poster en el que figuraban Frodo y Sam abrazándose amorosamente; un palé con batidos de fresa; una rejilla de aquellas que parecen como las del *Doom* y que si disparabas contra ellas podías colarte dentro para huir por el respiradero; una lavadora puesta en programa de centrifugado; una estantería con varios peluches de los *Teletubbies* y una pantalla de datos gigante en donde aparecían de forma aleatoria e intermitente fotografías de personas famosas que ya se habían reconocido públicamente homosexuales en nuestra sociedad.

– ¡¿Pero qué cojones es esto?! –Exclamé decepcionado cuando vi aparecer en pantalla una foto de Hulk Hogan abrazado a Brutus el Barbero.

El esbirro disfrazado a lo marinero de los años cincuenta se volvió hacia la puerta creyendo haber escuchado algo y yo escapé raudo como una centella antes de que pudiese descubrirme. Atravesé de nuevo el cuarto oscuro de vuelta a la superficie, subí por las escaleras haciéndome paso entre los maricones que aún andaban morreándose y hubo uno de ellos que aulló como un lobo estepario cuando le sacudí sin querer un pisotón en las pelotas.

– ¡Eh tú! Vuelve aquí –Articuló uno de ellos. Como era de esperar sudé de su puta cara y no reparé ni en contestarle, quería escapar de allí cuanto antes. Mientras subía las escaleras a toda velocidad se me escapó un peo que debía ser de esos fétidos totales.

– ¡Respirad por la boca, maricones! –Les advertí justo antes de escabullirme. Poco después los maricas comenzaron a protestar y a lamentarse; debía oler mal, no digo que no, pero por lo menos conseguí ahuyentarles pues el pestazo me sirvió a modo de cortina de humo. Entonces me alegré de haber comido aquellos dos kebabs

acompañados por sendas cervezas al mediodía. Menú ‘Núcleo blast’ que solemos llamarle en mi barrio.

Alcancé el primer nivel abriéndome camino a través de la multitud y conseguí regresar a la pista de baile en la que había dejado por última vez a Sebo y a sus amigos los maricones. Una vez allí agarré un cubata de la barra –que evidentemente no era mío– me coloqué contra una columna y procuré respirar hondo tratando de disimular; debía tranquilizarme y recuperar el resuello para poder pensar con claridad. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué me habían mentido respecto a lo del cuarto oscuro y por qué me había tenido que llevar hasta allí mi puta curiosidad? Sin duda era más feliz mientras ignoraba todas esas cosas, pero ahora ya era demasiado tarde, estaba comenzando a verlo todo con absoluta claridad.

– ¿Dónde coña te habías metido? –Me preguntó Sebo que emergía de entre los culos de los sarasas. Al encontrarnos sentí una imperiosa necesidad de contarle lo ocurrido pero la prudencia me dijo que no debía hacerlo, por lo menos hasta que no consiguiese salir de allí.

–Estaba truñando –Espeté. Mi declaración debió parecerle tan rotunda y sincera que después de sostenerme la mirada durante unos segundos para ver si le decía la verdad se dio media vuelta y volvió al corro junto con sus amigos los maricones.

Durante el tiempo que tardamos en abandonar aquel antro diabólico me mantuve en constante estado de alerta. Vi al marinerito del cuarto oscuro charlando suspicaz con uno de aquellos camareros que paseaba su bandeja por la sala a pecho descubierto. Tuve miedo de que me reconociera, por lo que procuré no llamar demasiado la atención disimulando mi evidente estado de vigilancia. Nuestras miradas se encontraron. En el instante en que me vio comencé a sudar... pero no debió reconocerme porque poco después se arrodillaba tras la barra para mantener una charla bis a bis con el pequeño amigo del barman. Que se puso a comerle la polla, vamos.

Sólo habían pasado diez minutos de reloj y ya no podía aguantar más, tenía los nervios destrozados de tanta tensión y encima estaba muerto de aburrimiento. Incluso las escenas gratuitas de bollería industrial dejaron de interesarme. Tenía sueño, así que me puse a bailar con la gorda en plan pulpo-palizas hasta que la cansé y al poco rato ella accedió amablemente a volver para casa con tal de que la dejase en paz de una puta vez. Es un truco que nunca me falla. Sebo reunió a sus amigos para despedirse mientras que yo me quedé apoyado junto a la columna haciendo ver que tenía arcadas y que estaba a punto de trallar, así a lo mejor me evitaría el tener que ir dándome besos con toda aquella cuadrilla de sodomitas degenerados antes de abrirme.

– ¿Tu novio se encuentra bien como para conducir? –Le preguntó el bujarra moreno a Sebo.

–No te preocupes por él, lo he visto peor otras veces y te aseguro que aguantará –Menudo halago me dedicó la gorda. Ya te digo.

Tal como predijo Sebo, cuando pillé el coche ya estaba completamente despejado. Media hora más tarde aparqué frente a su portal y eran las cinco de la madrugada cuando terminé de hacerle el dedo de rigor. Me despedí de ella al ver que no había perspectivas posibles de que me invitase a subir a su cuarto para ponernos a follar. Volví a mi casa y aterricé planeando sobre la cama dispuesto a echarme a dormir, aunque una vez allí me fue del todo imposible, por no tener no tenía ni ganas de pajearme. Habían surgido tantas incógnitas aquella noche que me sentía intrigado. Aún tardé un buen rato en concebir el sueño hasta que finalmente me venció el cansancio. La revelación se manifestó ante mí mientras dormía, tal y como acostumbra a hacerlo. A la mañana siguiente lo veía todo mucho más claro:

Los maricones pretenden dominar el mundo heterosexual.

Pero... ¿De dónde procedían? ¿Quién financiaba aquellos ordenadores tan sofisticados? y sobre todo ¿por qué los batidos de fresa estaban en un palé y no los habían colocado ya en la despensa o en el frigorífico? Con cada nueva conclusión aparecían nuevas e intrincadas preguntas; tanto misterio se había convertido en una verdadera jodienda... pero por lo menos conseguí darle un nuevo sentido a mi anodina existencia.

Semanas después corté con Sebo –tácitamente, como solemos hacer los tíos– y me dediqué en cuerpo y alma a estudiar la enciclopedia que tenían mis viejos en casa por tal de encontrar alguna respuesta más. Transcurridas un par de horas de lectura entre bostezos y cabezadas concluí que mis esfuerzos estaban siendo completamente en vano... así que me levanté, pasé por la nevera, me serví un vaso de horchata y luego encendí el televisor con renovados ánimos para pajearme.

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

SALVADOR Y DROGODEPENDIENTE

Vida y milagros

Jesucristo –que nació en casa de su abuela Casimira porque su madre cumplía condena en presidio acusada de un delito de sedición– se pegó la vida padre viviendo sin dar palo al agua hasta los treinta ya que dedicó la mayor parte de su juventud a estudiar programación de sistemas, tratando siempre de postergar el ponerse a trabajar aludiendo que aún no había terminado la carrera y que necesitaba emplear todo su tiempo libre estudiando para sacar buenas notas en lugar de buscarse un curro por las mañanas como hacía todo el mundo. Sus padres estaban muy orgullosos de él puesto que en Nazaret no había nadie más que estudiase informática, y ya de aquellas se decía que sería el empleo del futuro; además, teniendo en cuenta que su madre era ex convicta y su padre ejercía la prostitución en saunas greco-romanas digamos que, el que Jesús hubiese accedido a la universidad ya podía considerarse un verdadero milagro.

Como apenas comía, Jesucristo físicamente estaba hecho un adonis y, como además era tan perro que hasta le daba palo afeitarse, lucía unas greñas y un barbastro en plan Jim Morrison que le hicieron ganarse fama de semental entre las chicas del campus norte. Con los años aprendió a aprovechar su ponzoñoso aspecto de hippie roñoso-calimochero para fumar, beber y comer por la patilla gorreándoles tabaco, acerbeza y bocadillos de fuagrás a las jovencitas universitarias que besaban los vientos por él y que le consentían todos sus caprichos por tal de que les cantase a la guitarra alguna canción cumba erótico-festiva de las suyas.

Bien de todos es sabido –y si no lo sabíais pues ya os lo digo ahora– que los treinta son una muy buena edad para los varones, y

es que el espectro de acción en cuanto a posibilidades para seducir a las féminas resulta ser el más amplio de toda nuestra vida, abarcando desde las pasionales y cándidas chicas de veinte hasta las experimentadas y voluptuosas mujeres de cuarenta años. Todo un lujo del que Jesucristo había disfrutado tanto que, después de follarse a la mitad de las tías oriundas de su comarca y alrededores, jincar se la traía al paio completamente; cierto es que lo había petado muchísimo.

Como no tenía nada mejor que hacer y sus colegas estaban todos trabajando, el muy vago se quemaba las mañanas saliendo a pasear con la bici, echándose unos largos en la piscina municipal o contando las nubes al pasar tirado en el césped del campus norte mientras se fumaba un ruso. Por las tardes salía al bosque para talar madera pues llevaba varios meses tratando de confeccionar un ordenador portátil hecho con roble y abedul que le permitiría jugar al *Cobra Mission* en disquetes de 3'5". Imagino que ahora puede sonar un tanto estúpido, pero en su momento fue uno de los juegos más codiciados por los usuarios.

* * *

El invidente perverso

En las primeras navidades que celebró junto a su familia adoptiva los reyes magos le concedieron a Jesús el don de la visión tridimensional, unas gafas de rayos gamma y un fonendoscopio que le permitiría medirse la presión arterial en cualquier parte. Una tarde, mientras se tomaba la tensión en el descampado donde solían montar la carpa del circo americano, un tipo con bigote que se hacía pasar por ciego le condujo hasta una lóbrega cueva asegurándole que había encontrado un castor albino con orejas de mastín. Jesucristo, que a su edad todavía era un inocentón para esas cosas, cayó en la trampa de Lázaro el Lupas, un maricón cegato y de provincia que al conocer su potencial de atracción entre las muchachas pretendía engatusarle para amagarse con él en la cueva y convertirle a la ya entonces multitudinaria religión del *cucumber-love*. Gracias a las gafas de visión gamma Jesucristo pudo descubrir el pastel antes de que el maricón invidente, teniendo ya la túnica por los tobillos, se la pudiese meter doblada. Jesús lo neutralizó al propinarle un poderoso bofetón que le hizo saltar los ojos muertos de las cuencas al bujarra.

– ¡Aaaarghh! ¡AAARGH! –Bramó el maricón mientras palpaba el suelo tratando de recuperar sus globos oculares.

– ¡Venga maricón! –Le gritaba–. ¡Levántate y anda... so hijo de la gran puta! –Se reía el condenado Jesús, que tenía mala virgen porque estaba hasta los huevos de girarse cada vez que alguien estornudaba.

– ¡Me cago en tu vieja la cangreja! ¡Me las pagarás sangrando por el ojate! –Le amenazó el bujarra, pero sus palabras no llegaron mucho más lejos porque Jesucristo aprovechó el momento en el que Lázaro estaba agazapado para soltarle una tremenda patada voladora en los cojones que provocó una repentina e inusitada reacción: el maricón se retorció sobre sí mismo revelando una mueca de agonía

en plan corquichuelo poco antes de estallar tal como si fuese una prostituta afgana de las que revientan con un bazocazo.

– ¡Por el amor de Flómar! –Exclamó el señor.

Confuso y sorprendido, Jesucristo había descubierto sin querer que los maricones –en este caso los invidentes– dependen por completo del líquido que almacenan en sus gónadas para subsistir.

La explicación es muy sencilla: Una vez se les revientan las pelotas éstos dejan de ser útiles en su cometido y desde el ‘Consejo general de maricones del espacio’ los autodestruyen repentinamente para que no quede ni rastro de sus inservibles cuerpos. Sí amigos, los gayerrestres nunca se respetaron ni tan siquiera entre si pues son incapaces de sentir la más mínima empatía hacia sus propios congéneres; toda su vida se basa en la competición y bien podría considerarse que ellos mismos son a la vez sus peores enemigos.

* * *

El exilio

Tras el incidente con el ciego maricón, Jesús alejose de su pueblo exiliándose al desierto para reflexionar sobre lo sucedido y consumir LSD en soledad, sin necesidad de aguantar las interminables broncas de su familia de acogida. Hacía ya varios meses que sus padres adoptivos habían comenzado a exigirle que terminase la carrera de una puñetera vez, puesto que pretendían casarle con Mortadela, una vecina del barrio que rondaba los ciento cuarenta y cinco quilos de peso y que en lugar de tetas parecía que tuviese sacos de gaita.

El salvador no ambicionaba casarse... y ni mucho menos con una gorda mórbida de tal calibre; por primera vez en treinta años recaía sobre su persona una gran responsabilidad pues no pudo obviar la revelación que había presenciado estupefacto aquella tarde en la que le soltó el patadón en los huevos a Lázaro, el cegarruto moñardo. El sueño onírico evidenció la verdad ante él mientras se encontraba en estado de R.E.M. y al despertar sus ojos brillaron colmados de realidad:

<<Los maricones no son personas como lo somos los demás y seguramente, tarde o temprano, tratarán de celebrar la fiesta del plátano a nuestra costa>> – Salmos 14:88

Decidido, Jesucristo fue a comprarse una mochila al Decathlon y se piró de casa sin despedirse de sus padres. Durante su travesía por el desierto conoció a Moisés, un curioso pavo barbudo y canoso, que se sabía un montón de chistes sobre gangosos y que además era capaz de separar las piernas de las mujeres a su antojo con sólo alzar un poco el bastón que recibió en herencia de su padrastro el Sevito.

Como Moisés también era un vago terminal ambos acordaron pasar juntos cuarenta días metidos en una caverna, colocándose con heroína, bebiendo agua de cactus y limpiándose los dientes con la arena en la que procuraban no mear. En uno de esos momentos en

los que se despertaban medio lúcidos Jesús le confesó a Moisés su experiencia con el marica cegato y éste vaciló observándole con incredulidad. Pasaron varios segundos mirándose fijamente a los ojos. El silencio se adueñó por completo de aquella cueva en la que se refugiaban para picarse la vena. Cuando Moisés se cansó de aguantarle la mirada terminó sudando de lo que Jesús le había contado y se puso a soltarle un rollo, así por la cara, de cómo se lo montaba él para separar las piernas de todas las tías buenas que le saliera de los cojones.

–Mira Josele –Le decía–, la gente se cree que es por lo del bastón... pero eso es una gilipollez como un castillo. El secreto está en el noble arte de la sugestión, pues tú puedes ser un mierda seca pero si sabes cómo hacerlas creer que eres el tipo de tío que siempre han estado buscando te las puedes acabar follando con total facilidad.

– ¿Y luego qué? –Le preguntó Jesús interesado.

–Luego nada, porque una vez te las has tirado pasas de llamarlas... como hace todo el mundo.

– ¡Ja ja ja! –Reía Jesús. Era harto evidente que el verdadero magnetismo de Moisés radicaba principalmente en su desbordante personalidad.

– ¡No te rías joder, que te lo digo muy en serio! –Le recriminaba Moisés sin poder ocultar que a él también se le escapaba un poco la risa floja-. ¡De verdad te lo digo que la gente es gilipollas! Es como cuando me ven tocando la guitarra y me preguntan si he dado clases... ¡A ver señora! ¡La mitad de los gitanos apenas saben escribir su nombre y tocan la guitarra que se te caen los huevos al suelo!

– ¡Ja ja ja ja! ¡Es que me parto el ojate contigo, tronco! –Jesús comenzó a revolcarse por el suelo y de la risa se le escapó un peo. Moisés estalló y ya se quedaron riendo y convulsionando hasta que finalmente se echaron a dormir.

– ¿Te he contado lo de la Sindi? –Le comentó Moisés antes de pillar el sueño.

–Ja, ja, ja. No, pero viniendo de ti como que me temo lo peor – Jesús ya se reía hasta cuando guardaban silencio.

MOISES: Ja, ja, ja... que no hombre, que te lo digo en serio, hostia.

JESUS: Ja, ja, ja, es que me recuerdas al Eugenio, que el cabrón no se reía ni con sus propias paridas.

MOISES: Mira, lo que te estaba diciendo joder, que la Sindi era una que iba a mi clase en cuarto de EGB...

JESUS: ¿Tenía buenas peras?

MOISES: Uy sí, ya lo creo.

JESUS: Ja, ja, ja. ¿Y cómo es que la llamabais la Sindi? ¿Era extranjera o algo?

MOISES: No, si es que la llamaban la Sindi porque no tenía dientes.

JESUS: ¿Cómo?

MOISES: Claro hombre, la Sindi... la ‘sin dientes’.

JESUS: ¡JA JA JA JA JA! ¡La sin dientes! ¡JA JA JA JA!

MOISES: ¡Ja, ja, ja! Sí, eso mismo. Luego con los años le pusieron una prótesis y dejaron de llamarla Sindi.

JESUS: ¡Ja ja ja! Y luego ¿qué? ¿Cómo la llamabais?

MOISES: La llamábamos la Condis.

JESUS: ¡JA JA JA JA JA! ¡Es que me parto la polla contigo, cabrón!

MOISES: Ja ja ja ja.

JESUS: ¡El reino de los cielos es un estado del corazón, no algo situado por encima de la tierra o que llegue tras la muerte!

MOISES: ¡JA JA JA JA JA! ¡Estás como una puta cabra, mamón!

Menudas risas que se echaban, lástima que llegó el día en que se terminaron la piedra china y toda el agua de los cactus en un radio de veinte metros a la redonda así que, por tal de no sucumbir al

monazo o morir de inanición en aquella cueva mugrienta, acabaron decidiendo que se levantarían y que cada uno tomaría su camino.

JESUS: Venga pavo, hasta la vista.

MOISES: Venga nen, que te la pique un pollo.

De los días que pasaron juntos viviendo en el desierto recopilaron todo el material en un libro que escribió Moisés –porque Jesús aunque era universitario apenas conocía el alfabeto–, bautizado con el nombre de ‘Mi lucha’ y que era un compendio de las ideas más revolucionarias que el mesías pretendía transmitir a los hombres de bien para que no cayesen en las garras de los pérfidos maricones.

* * *

Auge y caída

Una vez se hubieron despedido, Jesucristo partió en dirección al bosque en busca de palos que fuesen lo bastante gruesos como para tallar un bastón igual que el que tenía Moisés y éste, por su parte, estuvo pegándole patadas a una piedra hasta que se dejó la espinilla como la caja de un clavicordio. Ambos podían haber hecho grandes cosas juntos, lástima que por tal de no parecer moñigos se abandonaron cada uno a su suerte y ésta no les fue demasiado propicia.

Pocos meses después los maricones del espacio enviaron a uno de sus lugartenientes disfrazado de mujer con la misión de cautivar a Moisés y éste, que se encontraba en un puticlub borracho de pacharascos, mordió el anzuelo –por así decirlo– y terminó ensartado como un vulgar berberecho. El profeta gritó como un condenado mientras el fraudulento maricón travesti se lo enculaba implacable recostándole con violencia contra la barra del bar. En un intento desesperado por salvarse, Moisés levantó su anillo de casado y trató de invocar al Capitán Planeta para que éste viniese a rescatarle... aunque de nada le sirvió pedir ayuda aquella desventurada tarde en la que, para colmo, acababa de acertar catorce números de la quiniela judía y le iban a devolver setecientos sestercios.

Semanas más tarde Moisés era todo un maricón de segundo nivel que pretendía contraer matrimonio con uno de los antepasados de Dana Internacional, la pianista del puticlub, y que siempre será recordado por ser el primer varón que cayó en la –ahora tan famosa– ‘Trampa transexual’. Poco más se supo de él, tan sólo que terminó gastando todo su dinero en ropa elegante y sesiones de depilación definitiva.

Peor se le presentó al joven Jesús, que lo único que sacó en claro poco antes de morir fue que hizo bien procurando vivir la vida sin dar palo al agua, o como mínimo buscarse un curro en el que uno

podiera subsistir sin pegar ni sello cobrando por estar con el bullate pegado a la silla todo el día. Su intención era la de viajar a Centroamérica para organizar allí una red ilegal de tráfico de estupefacientes con la que pretendía hacerse rico y respetado pero, al igual que le sucedió a Moisés, terminó saliéndole el tiro por la culata.

Cuando Jesús pasó por casa para hacerse la maleta y pillarle un paquete de Winston a su padre advirtió que sus viejos se comportaban de una forma bastante más extravagante de lo que cabía esperar. El tiempo que Jesús tardó en mostrar una mueca de desconcierto y pronunciar ‘¿Mamá?’ les bastó a los maricones del espacio para abalanzarse sobre él y llevárselo metido en un saco. Tras un largo cautiverio de setecientos días siendo torturado en lo que ellos llamaban ‘El sótano de Zed’ Jesucristo fue puesto finalmente en libertad, pero con el culo al rojo vivo, como si sus nalgas fueran las luces de freno de un Seat Marbella.

Antes de liberarle los maricones le preguntaron al Señor si volvería a pegar patadas en los cojones. Él dijo que sí y fue por su osadía y falta de asertividad por lo que terminó empalado junto al cuerpo de Vladimir Tepes y la rana Gustavo, muriendo con él su particular descubrimiento sobre el infalible remedio para terminar con la invasión marico-alienígena.

Dicho lo cual, toda esa historia de la cruz, los azotes y la corona de espinas no fue más que otra artimaña astuta con la que los maricones del espacio aprovecharon la popularidad de Jesús para crear el mito y la iconografía entre la sociedad, dándole un nuevo sentido a ‘La gran pantomima bíblica’, que resultó ser el mismo nombre que le había puesto Moisés al segundo metraje que rodó en vida. Originalmente se trataba de un corto grabado en Súper-ocho durante los ‘Cuarenta días de arena y mierda’ –así fue como llamaron a su particular experiencia– en el que aparecía Jesucristo puesto

de harina hasta las pestañas hablando con acento de Albacete sobre el daño que podrían causar las diferentes corrientes religiosas concebidas a partir del pensamiento homosexual. Una vez que el video cayó en las omnipresentes manos del Gobierno central de los maricones del espacio estos destruyeron la cinta y su concepto original se empleó para reescribir el ‘Nuevo testamento’, que fue el último anexo de la Santa Biblia, un compendio incomprensible de ideas estúpidas que los maricones planeaban divulgar por tal de que el ser humano dejase de preguntarse cosas y abandonase toda posibilidad de cuestionar el liderazgo del GCMDE. Así lo hicieron.

Por otra parte resulta harto lógico y evidente que los maricones modificasen el concepto inicial de la Santa Biblia, quiero decir, de lo acontecido con la muerte del mesías y todo eso. Imaginaos que en lugar de encontrar crucifijos en las iglesias, en los conventos, en las aulas conservadoras y en las mesitas de noche de los beatos os encontraseis con esculturas, iconografías o pisapapeles de Jesucristo patéticamente ensartado como una vulgar brocheta. Mal.

El mundo de la publicidad siempre estuvo ligado al de los maricones, es por eso por lo que ya entonces pudieron intuir que un icono así resultaría demasiado antiestético. Una vez decididos a emplear el símbolo de la cruz en lugar del asta, Pablo, uno de los antepasados de Andy Warhol, fue quien tuvo el encargo de diseñar todo el pop-art católico judaico, incluyendo el merchandising oficial, las camisetas estampadas con la cara de Jesús guiñando un ojo y las botellas de agua bendita con diferentes sabores de frutas tropicales.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

CRIADERO DE OJETES

No podía ser casual que con cada año que pasaba creciesen en número como gremlins bajo el grifo. Tumbado sobre la cama me sumergí una vez más en el blanco profundo del techo de mi habitación para abandonarme en mis pensamientos, exactamente igual que ahora, cuando caí en la cuenta de lo muy estrechamente vinculados que están los maricones con el mundo del espectáculo y el entretenimiento. La televisión, el séptimo arte, los cabarets nocturnos, la MTV... no había un solo círculo artístico en el que no asomase la figura del maricón por alguna parte. La 'industria del entretenimiento' la llaman... ¡Qué cínicos! ¿Por qué tendrán tanta necesidad de entretenernos? ¿Acaso temen que nos dé por pensar o hacer cosas útiles en lugar de estar ahí tirados como muertos vivientes en nuestros respectivos sofás? "La muerte se parece a ver la televisión" cantaban Siniestro Total, si no fijaos bien cuando estéis frente a vuestra pantalla, haced la prueba, apagad el aparato por un momento y os veréis reflejados en el fondo oscuro del monitor que os devolverá la viva imagen de la realidad de vuestras vidas. Así sois durante todo el tiempo que pasáis frente a la basura de programación televisiva que os encaloman ¿Cuánto más va a durar esta mierda?

Luego os vendréis quejando de que no vivís la vida con suficiente intensidad o de que os dejan las novias y no sabéis el por qué ni cuál podría ser el motivo. Desde luego no hay ninguna necesidad de que haya vida después de la muerte, lo que hace falta es que el tiempo que estéis viviendo lo disfrutéis, joder... ¿Para qué coño querría alguien volver a vivir si no es porque se arrepiente de no haber vivido lo suficiente cuando tuvo la oportunidad?

Abandonad el televisor, o como mucho empleadlo para acceder a la pornografía y los videojuegos. Y, hablando de videojuegos, ¿quién

los diseña? ¿No serán acaso una nueva forma de mantenernos pegados a la pandemia RGB? No puede ser una mera coincidencia. Pensé en los posibles medios que, al igual que la programación televisiva, utilizan para subyugarnos.

Está claro, comenzando por la escuela en la que nunca te explicaban NADA sobre lo verdaderamente importante... pero en la que sí sabían cómo inculcarte una educación idónea para que te convirtieses en un esclavo servil de su sociedad maléfica. Luego está el tabaquismo y el cuidado excesivo de la imagen personal, requisitos de su magnífica sociedad con los que también nos oprimen. El tabaco erradica cualquier atisbo de ambición y a la vez deteriora nuestra forma física, envejeciéndonos prematuramente y convirtiéndonos en unos holgazanes que terminan siendo incapaces de hacer deporte o cosas de esas que reducen las enfermedades coronarias. Sobre el físico debo decir que yo también caí en la trampa, con sus constantes argucias nos coaccionan haciéndonos creer que debemos lucir unos cuerpos perfectos –antes era sólo durante la época estival, ahora ya es durante todo el año– con el fin de que el sexo contrario se fije en nosotros para que así podamos triunfar más y nos pasemos el día follando. Paparruchas.

También es digno de mención el que nos inciten constantemente a hipotecar nuestra cuenta bancaria induciéndonos a que nos compremos un buen coche –en el caso de ellos, para aparentar ser más masculinos– o permitiendo que nos ahogemos en deudas por comprar ropa, fragancias, complementos o unos zapatos nuevos a cada instante –en el caso de ellas, para aparentar ser más femeninas–, y tiene sentido, puesto que entre programa y programa nos avasallan con espacios publicitarios que tratarán de persuadirnos para que compremos de forma compulsiva. Por eso, al igual que sucede con el tabaco o con las dietas, nos instigarán a aceptar sus patrones de con-

ducta cuando en realidad no somos más que unos meros yonquis del consumo y el entretenimiento.

– ¡Basta ya! –Me dije–. No necesitas nada de eso, Talentus. Ni casita con jardín, ni coches deportivos y ni mucho menos criar hijos sólo porque los otros estúpidos de tu generación estén comenzando ya a tenerlos. ¿Qué pasa si todo este orden de las cosas resulta ser una farsa? Pues que llegará un día en el que, si llegas a tomar consciencia de lo que de verdad sucede a tu alrededor, te acabarás deprimiendo al darte cuenta de que sólo se vive una vez y que hasta ahora has estado haciendo lo que ellos querían que hicieses para no salirte del rebaño y tirar tus días apoltronado en plan conformista. ¿Qué harás cuando caigas en la cuenta de que tuviste la posibilidad de vivir, que no es poco, y malgastaste tu tiempo libando las charlotadas que los maricones te ofrecían a través del televisor, interrumpidas únicamente por los espacios publicitarios? ¿A que te sientes estafado? Sí, la verdad es esa, has crecido siendo un masca-chapas amuerado y sin pelotas.

No te hace falta fumar para parecer más mayor, ni tienes que tener prisa por aparentarlo puesto que cada edad de tu vida la vivirás una sola vez y después éstas nunca más vuelven. Por eso, muchos de los que están a tu alrededor y que se hacen los maduros aún no han abandonado las primeras fases infantiles pese a que en su día te metieron prisa por crecer ¡Subnormales e hijos de puta! Tan solo están actuando como adultos cuando en realidad son unos niños irresponsables de mierda... y pueden llegar a morirse así, sin conocer nada más allá de la existencia pueril, como si fuesen gatos sin piernas que se pasan el día maullando y durmiendo. Tampoco necesitas jugar a todos los videojuegos que aparecen en las consolas de nueva generación, ni leer libros que no te interesan para nada, ni perder horas de tu vida viendo películas malas sólo por el hecho de poder decir que las has visto. Tampoco necesitas tener hijos por el

mero hecho de que los demás los tengan y ni mucho menos debes dedicarle tiempo a la gente que te obliga a vivir así, alegando que ‘es ley de vida’... ¿Ley de vida? ¡Ley de sus putas madres!

No, no puede ser ningún tipo de razonamiento humano, todo esto son vestigios de una magna conspiración que se empeña en guiar nuestra existencia y abastecernos con conocimientos o posesiones que para nada tienen algo que ver con nuestras necesidades reales. Debe de ser alguien, probablemente al margen del orden terrestre, quien haya instaurado tales formas de dominación sobre nuestra raza. Son extraterrestres, de eso ya comienzo a estar seguro. Todas esas imágenes que se niegan a mostrarnos sobre ovnis o visitantes... además, son maricones, y si no son terrícolas son ‘Maricones del espacio’, la verdadera amenaza que nos controla haciéndonos fumar, estudiar, trabajar, drogarnos, casarnos y procrear porque sí; la misma que nos obliga a tragarnos series de forenses o criminólogos a todas horas, a tatuar nuestro cuerpo para marcarnos como reses y encima pagando una pasta del copón; la que nos induce a comprar sus discos de música pop en los que sólo vienen tres canciones buenas –la uno, la siete y la once– y nos chantajea vilmente para que gastemos todo nuestro sueldo en lotería de navidad que, aunque lo sabemos, terminamos siempre por tirar a la basura después de comprobar con estupor que ésta nunca toca –la lotería es el impuesto que pagan los que no saben de estadística–; la misma amenaza que nos inculca que hay que hacer caso de un concepto tan estúpido como es la moda y que nos anima a destruir nuestro cuerpo a base de nuevas enfermedades de la mente tales como la vigorexia, la bulimia, la anorexia, las depresiones post-vacacionales y los trastornos de personalidad esquizoide; Por un lado nos ofrece la bollería grasienta y las hamburguesas de la gran ‘M’ amarilla, por el otro nos obliga a mitigar inducidos cargos de conciencia comiendo verdura insípida, que es lo más parecido a masticar porexpán.

Dios, cuanto más lejos voy más reparo en el verdadero peso que poseen los maricones dentro de nuestra sociedad. Ellos controlan nuestros deseos, nuestras aspiraciones, la longevidad de nuestras vidas, nuestras necesidades primarias, nuestra cartilla de ahorros... Ahora sí comienzo a tener miedo, y con razón. Desde el momento en que nacemos somos ya sus esclavos. Estamos construyendo nuestra sociedad en pos de alimentar al gran parasito homosexual, tenemos hijos para que ellos les peten el culo, nuestro mundo es como un criadero de ojetes que tarde o temprano los maricones acabarán rellenando como si fuesen bollos de crema. Quiero escapar; o mejor, quisiera acabar con toda esta farsa.

Cuando se me fue la paranoia de la cabeza me di cuenta de la amplia cantidad de chorradas que se me habían llegado a ocurrir y me hizo gracia pensar que incluso podría escribir un libro recopilando mis pensamientos.

– ¡Menuda mierda! –Pensé. Poco después me levanté para conectarme a internet y ver qué tal llevaba las pujas en Ebay.

* * *

FIN DEL PRIMER TOMO

INDICE

LA ENTREVISTA DE TRABAJO	6
RESCATADORES EN MARICOLANDIA	13
CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR – PRIMERA PARTE	18
UN CHICO EXTRAVAGANTE	22
UNA DRAMÁTICA EXPERIENCIA	27
CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR – SEGUNDA PARTE	32
EL CABALLO DE POYA	40
AMOR DE VEGANO	46
UNA VELADA COMPROMETIDA	49
DISCOTECAS DE AMBIENTE	56
CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR – TERCERA PARTE	59
EXTRAÑO EN MI PROPIA CIUDAD	69
SUBCULTURA HOMOSEXUAL	73
LUZ EN EL CUARTO OSCURO	77
SALVADOR Y DROGODEPENDIENTE	85
CRIADERO DE OJETES	97

¿Cómo consiguieron los homosexuales llegar hasta nuestro planeta?

¿Qué tipo de criaturas son los Pentaculats?

¿Es la metrosexualidad la gran enfermedad de nuestros días?

¿Cómo pudieron los monos convertirse en el ascendente directo del hombre actual?

Y sobretodo...

¿Es el lesbianismo un espectáculo fraudulento para sacarles la pasta a los varones heterosexuales, o se trata en realidad de un movimiento reaccionario en contra de la verdadera homosexualidad?

Las respuestas a estas preguntas (y alguna más, igual de estúpida si cabe) las encontraréis en el siguiente número de:

MARICONES DEL ESPACIO

¡CHAPARRÓN DE POLLAS!

Más páginas por el mismo precio.



Distinguido hipotético lector:

Comúnmente las sinopsis de contraportada se emplean para crear desorbitadas expectativas acerca de la calidad de un libro cuando éste cae por casualidad en nuestras manos. Por contra, aprovechamos este espacio para reivindicar que hoy por hoy nos es imposible encontrar ni una sola publicación de nuestro agrado.

Parece como si toda la literatura actual estuviese destinada por completo a un público pedante, gafapasta, rancio y tremendamente aburrido. Por esa misma razón aparece **MARICONES DEL ESPACIO**, un insulto a su círculo y a sus normas que consigue salir a la luz esquivando el tan abominable mercado literario.

Desde su primera entrega, **MARICONES DEL ESPACIO**
es la novela más irreverente, ofensiva, anárquica
y descabellada del momento.

CONDILOMA



EDICIONES

correos@condiloma.es

MARICONES
DEL ESPACIO